

Capítulo XXVIII. BENDICIÓN DEL BAPTISTERIO O DE LA NUEVA PILA BAUTISMAL

933. Entre las partes principales de la iglesia destaca con razón el baptisterio o el lugar donde está situada la pila bautismal. Allí, en efecto, se celebra el bautismo, primer sacramento de la nueva Alianza. Por él los hombres, adhiriéndose a Cristo por la fe y recibiendo el espíritu de hijos adoptivos (1), se llaman y son hijos de Dios (2); unidos a Cristo en una muerte y resurrección como la suya (3), forman con él un mismo cuerpo (4); ungidos con la efusión del Espíritu, se convierten en templo santo de Dios (5) y miembros de la Iglesia, en «una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios» (6).

934. Puesto que el bautismo es el principio de toda la vida cristiana, todas las iglesias catedrales y parroquiales deben tener su baptisterio o lugar donde está colocada la fuente o pila bautismal. Sin embargo, por razones pastorales, con el consentimiento del Ordinario del lugar (7), también en las demás iglesias u oratorios puede erigirse un baptisterio o colocarse una pila bautismal.

935. Al construir un nuevo baptisterio o instalar una pila bautismal, debe atenderse, antes que nada, a que pueda allí celebrarse digna y adecuadamente el rito del bautismo tal como se describe en el Ritual del Bautismo de niños o en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos.

936. Tanto si el baptisterio está separado de la nave de la iglesia, de modo que en él se realicen íntegramente todos los ritos del bautismo, como si se trata de la pila situada en la misma nave, todo debe disponerse de tal manera que se vea claramente el nexo que tiene el bautismo con la palabra de Dios y con la Eucaristía, que es la cumbre de la iniciación cristiana.

937. El baptisterio separado de la nave de la iglesia ha de ser digno del misterio que allí se celebra y se ha de reservar para el bautismo (como conviene al lugar donde los hombres nacen de nuevo, como del seno de la Iglesia, por el agua y el Espíritu Santo).

938. La pila bautismal, sobre todo en el baptisterio, debe ser fija, estéticamente elaborada con un material adecuado, limpia, y apta también, si se da el caso, para la inmersión de los catecúmenos (9). La pila, para que sea un signo más expresivo, puede construirse también de manera que brote de ella agua corriente, como de un verdadero manantial. Se ha de procurar asimismo que el agua, según las necesidades de cada lugar, pueda calentarse (10).

Rito de la bendición

939. Cuando se edifica un nuevo baptisterio o se construye una nueva pila bautismal, es conveniente que se celebre el rito peculiar de bendición. Pero no debe emplearse este rito si se trata de un recipiente móvil «en que se prepara el agua cuando, en algunos casos, se celebra el sacramento en el presbiterio» (11).

Ministro del rito

940. Puesto que la administración del bautismo constituye el origen de aquella vida espiritual que en cierto modo deriva y depende del Obispo, el gran sacerdote de sus fieles en Cristo (12), conviene que el Obispo en persona bendiga los nuevos baptisterios o pilas bautismales que se construyan en su diócesis; sin embargo, puede encomendar esta tarea a otro obispo o a un presbítero, principalmente a uno que sea como colaborador y ayudante suyo en la cura pastoral de aquellos fieles para los cuales se ha erigido la pila bautismal o el nuevo baptisterio. Si preside un Obispo, deberá adaptarse de modo conveniente todo lo que aquí se indica.

Día que hay que elegir

941. Con el fin de expresar más claramente la índole pascual del bautismo y fomentar la asistencia de los fieles, se escogerá normalmente, para la bendición del baptisterio, un domingo, principalmente del tiempo pascual, o bien el domingo o fiesta del Bautismo del Señor. El rito de la bendición del baptisterio no puede celebrarse el miércoles de Ceniza, durante la Semana Santa y en la Conmemoración de todos los fieles difuntos

Preparación pastoral

942. La erección de un nuevo baptisterio o de una pila bautismal tiene una gran importancia en la vida espiritual de la comunidad cristiana. Por esto los fieles no sólo deben ser informados a su debido tiempo de la bendición del nuevo baptisterio sino que también se les ha de preparar con esmero para que asistan activamente al rito. Conviene que se les instruya acerca del sentido y significación de la pila bautismal, de modo que queden imbuidos de veneración y amor hacia el bautismo y su signo, que es esa misma pila bautismal.

Cosas que hay que preparar

943. Para la ejecución del rito, debe prepararse lo siguiente:

- la pila llena de agua;
- el cirio pascual, que se llevará en la procesión;
- un candelero para poner el cirio;
- el Ritual romano;
- el Leccionario;
- el incensario y la naveta con incienso;
- un recipiente en el que se echará agua recién bendecida, con el aspersorio;
- asientos para el celebrante y los otros ministros.

944. En este rito se usarán vestiduras sagradas de color blanco o festivo.

Debe prepararse:

- (para el Obispo: alba, cruz pectoral, estola, pluvial, mitra, báculo pastoral);
- para los presbíteros: albas y estolas, o las vestiduras requeridas para la Misa
- para los diáconos: albas, estolas (dalmáticas);
- para los demás ministros: albas u otras vestiduras legítimamente aprobadas,

RITO DE LA BENDICIÓN

I. Bendición de una pila bautismal, unida a la celebración del bautismo

Ritos iniciales

945. Reunido el pueblo, el celebrante y los presbíteros, los diáconos y los ministros, revestidos todos con sus propias vestiduras, se dirigen desde la sacristía al baptisterio, a través de la nave de la iglesia. Precede el turiferario con el incensario humeando; sigue un acólito con el cirio pascual, y los demás. Es conveniente que los que van a ser bautizados tomen parte, con sus padrinos, en la procesión; de lo contrario, se reúnen en un lugar adecuado del baptisterio.

946. Mientras avanza la procesión, se cantan las letanías de los santos. aquí.

947. Cuando la procesión ha llegado al baptisterio, todos se colocan en los lugares que tienen asignados. El Cirio pascual se coloca en el candelero preparado en el centro del baptisterio o junto a la pila bautismal.

Terminado el canto de las letanías, el celebrante saluda al pueblo, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

948. Luego el celebrante dispone oportunamente a los fieles para la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para una gozosa celebración. Hoy inauguramos una nueva fuente del bautismo, y administraremos a estos elegidos el sacramento del nuevo nacimiento, para que, por la misericordia de Dios que han alcanzado, entren en la Iglesia, pueblo adquirido por Dios, se unan a Cristo, el

primogénito de muchos hermanos, y, habiendo recibido el Espíritu de adopción, con su nuevo título de hijos puedan invocar a Dios como Padre.

949. Terminada la monición, el celebrante, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran un rato en silencio. Luego el celebrante, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, que en el sacramento del nuevo nacimiento multiplicas sin cesar el número de tus hijos, concédenos, te pedimos, que todos los que renazcan de esta fuente de salvación con su manera de vivir glorifiquen tu Nombre y aumenten la santidad de la madre Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Admisión de los que van a ser bautizados

950. Terminada la oración, se hace el rito de admisión de los que van a ser bautizados. Según sea la condición de los elegidos, se empleará, con las debidas adaptaciones, el rito que se halla en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 109-114), o el rito que se describe en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 246-251), a no ser que este rito ya se haya realizado en el segundo grado de la iniciación cristiana de adultos (núms. 140-151).

Lectura de la Palabra de Dios

951. Se procede en todo como en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 252-253) y en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 116, 142), empleando las lecturas más adecuadas del Leccionario (13).

952. Después de la lectura de la palabra de Dios, el celebrante explica en la homilía las lecturas bíblicas, con el fin de que los presentes adquieran un conocimiento más claro de la trascendencia del bautismo y de la significación de la pila bautismal.

953. Los ritos prebautismales se celebran como en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 255-256) y en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 119-120).

Bendición de la nueva pila bautismal

954. Los que van a ser bautizados se colocan alrededor de la nueva fuente bautismal: los niños en brazos de sus madres, los adultos de pie con sus padrinos. Luego el celebrante invita a los fieles a la oración, con estas palabras u otras semejantes:

Ha llegado el momento, queridos hermanos, de consagrar con la oración de la Iglesia esta pila bautismal, para que el Espíritu Santo comunique a sus aguas el poder de santificar. Pero antes roguemos a Dios Padre por estos servidores suyos **N.** y **N.**, que piden ser bautizados: que él, que los ha llamado, y los ha hecho llegar a este momento, en que nacerán de nuevo, les dé luz y fuerza, para que, unidos firmemente a Cristo, lleguen a la plenitud de la vida.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, vuelto hacia la pila bautismal, llena de agua, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, creador del mundo y Padre de todos, es justo que te manifestemos nuestra alabanza y gratitud, porque nos concedes inaugurar solemnemente esta fuente de salvación de tu Iglesia. Aquí, a los hombres, a quienes se les habían cerrado las puertas del paraíso, se les abren las puertas de la Iglesia, y entran a la vida espiritual; aquí hallan el baño saludable y purificador que los limpia de la antigua mancha del pecado. El torrente de estas aguas elimina toda culpa, para que nazcan nuevas virtudes; aquí mana aquella fuente que brota del costado de Cristo, cuyas aguas proporcionan vida eterna a los que de ella beben. Desde aquí se difunde la luz santa de la fe, que disipa las tinieblas de nuestra mente y nos hace entrever los bienes celestiales; aquí los creyentes, al sumergirse en este baño, se asocian a la muerte de Cristo, para resucitar con él a una vida nueva. Te pedimos, Señor, que envíes sobre esta agua la brisa fecunda de tu Espíritu: aquel mismo poder que cubrió a la Virgen con su sombra para que diera a luz a su hijo primogénito, fecunde el seno de su esposa, la Iglesia, a fin de que engendre para ti, Padre, multitud de hijos, destinados a ser un día ciudadanos del cielo. Concédenos, Señor, que todos los que renazcan de esta fuente vivan con fidelidad su compromiso cristiano, y que brille en su conducta la vida nueva que de ti han recibido. Que quienes son distintos por raza o por condición salgan igualados de este baño vital y

unificador, manifiesten, por su amor, que son verdaderos hermanos y muestren, por su concordia, que son auténticos conciudadanos. Como buenos hijos, sean reflejo de la bondad del Padre; como verdaderos discípulos, cumplan las enseñanzas del Maestro; como templos del Espíritu Santo, sean un eco de su voz. Que sean testigos del Evangelio y practiquen la justicia; que llenen del espíritu de Cristo la ciudad terrena de la que son miembros, hasta que llegue el día en que sean recibidos como ciudadanos en la Jerusalén celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:
Amén.

955. **Pone incienso e incienso la pila bautismal.**

956. **Bendecida la fuente bautismal, prosigue la celebración del bautismo, tal como se indica en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 124-132), o en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 217-234 o 259-273), según sea la condición de los que van a ser bautizados.**

Conclusión del rito

957. **Si se trata de bautismo de niños, el rito concluye tal como se indica en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 133-135), o bien de la manera que aquí se propone.**

958. **El celebrante bendice a las madres, con sus hijos en brazos, a los padres y al pueblo, diciendo:**

Dios, creador de todo lo que existe, que hace a los hombres partícipes del misterio de su paternidad, haga también que estos padres sean testigos y mensajeros del Evangelio.

Todos:
Amén.

Cristo, el Hijo de Dios, que se dignó hacerse hijo de la Virgen María, haga sentir a estas madres la alegría de ver a sus hijos nacidos de nuevo para la vida eterna.

Todos:
Amén.

El Espíritu Santo Defensor, que ha santificado a estos bautizados habite siempre en sus corazones.

Todos:
Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Todos:
Amén.

959. Después de la bendición, es conveniente entonar algún canto que exprese el gozo pascual y la acción de gracias, o el Magnificat.

960. Finalmente el diácono despide al pueblo en la forma acostumbrada.

961. Según la antiquísima tradición de la Iglesia, en la iniciación cristiana de adultos, después de la administración del bautismo se administra el sacramento de la confirmación, y los neófitos participan por primera vez en la Eucaristía. Según esto, después del bautismo se procede en todo tal como se indica en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 227-234 o 266-273).

II. Bendición de una nueva pila bautismal, sin celebración del bautismo

Ritos iniciales

962. Reunido el pueblo, el celebrante y los ministros, según se ha dicho anteriormente en el núm. 945, se dirigen desde la sacristía al baptisterio, a través de la nave de la iglesia.

963. Mientras, se canta la antifona:

R. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.

O bien:

R. En ti, Señor, está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz.

Con el salmo 35 (36), u otro canto adecuado.

Salmo 35 (36), 6-11

Señor, tu misericordia llega al cielo,
tu fidelidad hasta las nubes;
tu justicia hasta las altas cordilleras,
tus sentencias son como el océano inmenso. **R.**

Tú socorres a hombres y animales;
¡qué inapreciable es tu misericordia, oh, Dios!,
los humanos se acogen a la sombra de tus alas. **R.**

Se nutren de lo sabroso de tu casa,
les das a beber del torrente de tus delicias,
porque en ti está la fuente viva,
y tu luz nos hace ver la luz. **R.**

Prolonga tu misericordia con los que te reconocen,
tu justicia con los rectos de corazón. **R.**

964. Cuando la procesión ha llegado al baptisterio, todos ocupan los lugares previamente asignados. El cirio pascual se coloca en el candelero preparado junto a la fuente bautismal. Terminado el canto, el celebrante saluda al pueblo, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

965. Luego el celebrante dispone a los fieles a la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para una gozosa celebración. Hoy inauguramos una nueva fuente del bautismo, para que todos los que en ella renazcan, por la misericordia de Dios que han alcanzado, entren en la Iglesia, pueblo adquirido por Dios, se unan a Cristo, el primogénito de muchos hermanos, y, habiendo recibido el Espíritu de adopción, con su nuevo título de hijos, puedan invocar a Dios como Padre.

966. Terminada la monición, el celebrante, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, que en el sacramento del nuevo nacimiento multiplicas sin cesar el número de tus hijos, concédenos, te pedimos, que todos los que renazcan de esta fuente de salvación, con su manera de vivir glorifiquen tu Nombre y aumenten la santidad de la madre Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

967. Concluido lo que antecede, el celebrante se sienta. A continuación se lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, de los que se hallan en el Leccionario para la Iniciación cristiana de adultos fuera de la Vigilia pascual (14) y en la administración del Bautismo de niños (15), intercalando los convenientes salmos responsoriales, o bien, espacios de silencio sagrado. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más destacado.

968. Después de la lectura de la palabra de Dios, se hace la homilía. En ella el celebrante explica las lecturas bíblicas, con el fin de que los presentes adquieran un conocimiento más claro de la trascendencia del bautismo y de la significación de la pila bautismal.

Bendición de la nueva pila bautismal

969. Luego el celebrante invita a los fieles a la oración, con estas palabras u otras semejantes:

Ha llegado el momento, queridos hermanos, de consagrar con la oración de la Iglesia esta pila bautismal, para que el Espíritu Santo comunique a sus aguas el poder de santificar. Invoquemos a Dios Padre, suplicándole que defienda la fe y promueva la concordia en nuestra comunidad; la fuente del bautismo, en efecto, comienza de verdad a manar cuando los oídos del hombre se abren a la palabra de Dios; nuestras mentes se iluminan con la luz de Cristo cuando rechazan las tinieblas del pecado; nuestros corazones se unen decididamente al Señor cuando renuncian con firmeza al maligno y a sus obras.

970. Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, vuelto hacia la pila bautismal, llena de agua, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, creador del mundo y Padre de todos, es justo que te manifestemos nuestra alabanza y gratitud, porque nos concedes inaugurar solemnemente esta fuente de salvación de tu Iglesia. Aquí, a los hombres, a quienes se les habían cerrado las puertas del paraíso, se les abren las puertas de la Iglesia, y entran a la vida espiritual; aquí hallan el baño saludable y purificador que los limpia de la antigua mancha del pecado. El torrente de estas aguas elimina toda culpa para que nazcan nuevas virtudes aquí mana aquella fuente que brota del costado de Cristo, cuyas aguas proporcionan vida eterna a los que de ella beben. Desde aquí se difunde la luz santa de la fe, que disipa las tinieblas de nuestra mente y nos hace entrever los bienes celestiales; aquí los creyentes, al sumergirse en este baño, se asocian a la muerte de Cristo, para resucitar con él a una vida nueva. Te pedimos, Señor, que envíes sobre esta agua la brisa fecunda de tu Espíritu: aquel mismo poder que cubrió a la Virgen con su sombra para que diera a luz a su hijo primogénito fecunde el seno de su esposa, la Iglesia, a fin de que engendre para ti, Padre, multitud de hijos, destinados a ser un día ciudadanos del cielo. Concédenos, Señor, que todos los que renazcan de esta fuente vivan con fidelidad su compromiso cristiano, y que brille en su conducta la vida nueva que de ti han recibido. Que quienes son

distintos por raza o por condición salgan igualados de este baño vital y unificador, manifiesten, por su amor, que son verdaderos hermanos y muestren, por su concordia, que son auténticos conciudadanos. Como buenos hijos, sean reflejo de la bondad del Padre; como verdaderos discípulos, cumplan las enseñanzas del Maestro; como templos del Espíritu Santo, sean un eco de su voz. Que sean testigos del Evangelio y practiquen la justicia; que llenen del espíritu de Cristo la ciudad terrena de la que son miembros, hasta que llegue el día en que sean recibidos como ciudadanos en la Jerusalén celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:
Amén.

971. Terminada la invocación sobre la pila bautismal, puede entonarse un canto bautismal, por ejemplo, la antífona:

La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la gloria ha tronado, el Señor sobre las aguas torrenciales.

O bien:

Sobre las aguas clama la voz del Padre, brilla la gloria del Hijo y da vida el amor del Espíritu Santo.

O bien:

Esta es la fuente de vida, que ha lavado al mundo entero; brotó de la herida de Cristo.

El celebrante pone incienso en el turíbulo e incienso la pila bautismal.

972. Terminado el canto, según las circunstancias, todos renuevan las promesas de su fe bautismal. El celebrante se dirige a los presentes con estas palabras u otras semejantes:

Ahora, hermanos, recordad la fe que profesasteis en el momento de vuestra iniciación cristiana, para que, llevados por la gracia del Espíritu Santo, podáis consolidarla cada día más y más.

Luego el celebrante interroga a los presentes, diciendo:

¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

Todos:

Sí, creo.

Celebrante:

¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

Todos:

Sí, creo.

Celebrante:

¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna?

Todos:

Sí, creo.

El celebrante asiente a esta profesión, proclamando la fe de la Iglesia:

Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Y la asamblea de los fieles responde:

Amén.

La fórmula *Esta es nuestra fe* puede substituirse por otra, según las circunstancias, o también por un canto adecuado, con el que la comunidad pueda expresar en forma unánime su fe.

973. Luego el celebrante toma el aspersorio y rocía al pueblo fiel con agua sacada de la pila recién bendecida, mientras la asamblea canta una antífona, por ejemplo:

Vi que manaba agua (cf. Ez 47, 1-2) del lado derecho del templo. Aleluya. Y habrá vida dondequiera que llegue la corriente y cantarán: Aleluya, aleluya.

O bien:

«Derramaré sobre vosotros un agua pura (Ez 36, 25-26) que os purificará de todas vuestras inmundicias y os dará un corazón nuevo», dice el Señor.

Conclusión del rito

974. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Invoquemos a Dios, Padre todopoderoso, que por el misterio pascual nos ha hecho nacer del agua y del Espíritu Santo a la vida nueva de hijos suyos; digámosle:

R. Renueva en nosotros, Señor, las maravillas de tu poder.

Padre misericordioso, que creaste al hombre a tu imagen y lo santificaste por el bautismo,

— haz que siempre y en todo lugar recordemos este don tuyo y la dignidad que él nos confiere. **R.**

Tú que quisiste que del costado de Cristo crucificado brotara el agua del Espíritu Santo,

— haz que bebamos de esta fuente de vida, para que se convierta dentro de nosotros en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. **R.**

Tú que en el baño del nuevo nacimiento has hecho de nosotros una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada,

— haz que, como exige nuestra condición de cristianos, proclamemos tus hazañas ante los hombres. **R.**

Tú que por medio del bautismo haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos,

— concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron. **R.**

Tú que nos has concedido, por tu bondad, levantar esta fuente bautismal,

-haz que sea para los catecúmenos el baño de vida y para todos nosotros un estímulo para renovar nuestra vida. **R.**

975. Luego el celebrante introduce la oración del Señor, con estas palabras u otras adecuadas:

Recordando nuestro bautismo, en el que hemos recibido un espíritu de hijos adoptivos, y fieles a la recomendación del Salvador, invoquemos al Padre celestial, diciendo:

Todos:

Padre nuestro...

El celebrante prosigue a continuación:

Oh, Dios, que en el sacramento del bautismo comunicaste al agua un poder de muerte y vida, haz que, liberados de todos sus pecados, los que han sido sepultados con Cristo en esta fuente bautismal resuciten con Cristo, revestidos con la blanca vestidura de la inmortalidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

976. Después de la bendición, es conveniente cantar algún canto que exprese el gozo pascual y la acción de gracias, o el Magnificat.

977. Finalmente el diácono despide al pueblo en la forma acostumbrada.

Capítulo XXIX.

BENDICIONES CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA CÁTEDRA O UNA SEDE PRESIDENCIAL, DE UN AMBÓN, DE UN SAGRARIO O DE UNA SEDE PARA LA CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

978. Todas las cosas relacionadas con la celebración litúrgica, que se hallan ya en su lugar en la iglesia cuando ésta es dedicada o bendecida, se consideran ya bendecidas junto con la iglesia. Pero cuando se estrena o se renueva alguna de ellas, como la cátedra episcopal en la iglesia catedral, la sede presidencial, el ambón para la proclamación de la palabra de Dios, el lugar de la reserva del Santísimo Sacramento o sagrario o la sede para la celebración del sacramento de la penitencia puede ser una buena oportunidad para mentalizar a los fieles sobre su importancia, mediante una adecuada celebración.

979. Todos deben observar estrictamente los principios y normas que establecen los libros litúrgicos respecto a la elaboración y adecuada colocación de estas partes de la iglesia.

980. Las bendiciones que aquí se describen puede utilizarlas el sacerdote, el cual, respetando la estructura de los ritos, adaptará oportunamente la celebración a las circunstancias del lugar.

I. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA NUEVA CÁTEDRA O SEDE PRESIDENCIAL

981. La cátedra simboliza de forma eminente el magisterio que corresponde al Obispo en su Iglesia. Por esto, el rito de la inauguración de una nueva cátedra sólo puede celebrarlo el mismo Obispo diocesano, o bien, en alguna circunstancia muy especial, otro Obispo que haya recibido de él un mandato especial.

982. El lugar de presidencia o sede del sacerdote celebrante significa la función de presidir la asamblea litúrgica y de dirigir la oración del pueblo santo.

983. Aunque resulta más adecuado unir este rito a la celebración de la Misa, no hay inconveniente en que, si se da el caso, se haga junto con una celebración de la Palabra de Dios.

A. En la celebración de la Misa

984. En la Misa, después de la veneración e incensación del altar el celebrante, antes de dirigirse a la cátedra o la sede, se santigua, diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

985. Luego el celebrante saluda a los presentes, empleando alguna de las fórmulas que propone el Misal romano.

986. Después, con una monición adecuada, introduce a los fieles en la Misa, ilustrándolos al mismo tiempo sobre el significado del rito inicial referido a la cátedra o a la sede recién construida. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hoy se destina por primera vez esta nueva cátedra (sede) al uso litúrgico. Alabemos, queridos hermanos, a nuestro Dios y Señor, que se digna hacerse presente en sus ministros, dedicados a las funciones sagradas, para enseñar, dirigir y santificar a los fieles, y pidámosle que haga cada vez más dignos a los que ejercen tan santo ministerio.

Oración de bendición

987. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Alabamos tu Nombre, Señor, unidos en una sola voz, y te suplicamos humildemente a ti, que viniste como buen Pastor para reunir en un solo redil a tu rebaño disperso, por medio de aquellos que tú has elegido como cooperadores en la propagación de la verdad. Apacienta a tus fieles y llévalos por el camino de la santidad, y así, pastores y ovejas podrán un día entrar con gozo en los pastos eternos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

988. El celebrante pone incienso en el incensario e inciensa la cátedra o la sede. Luego se dirige a la cátedra o la sede, donde es incensado por el ministro, mientras se entona un canto adecuado.

989. La Misa continúa como de costumbre, omitiendo el acto penitencial.

B. En una celebración de la Palabra de Dios

990. Si la bendición de la cátedra o de la sede se hace en una celebración de la Palabra de Dios, se procederá de la siguiente manera. El celebrante, después del saludo, antes de dirigirse a la sede, exhorta brevemente a los fieles con el fin de disponerlos a la celebración y explicar su significado.

Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hoy se destina por primera vez esta nueva cátedra (sede) al uso litúrgico. Alabemos, queridos hermanos, a nuestro Dios y Señor, que se digna hacerse presente en sus ministros, dedicados a las funciones sagradas, para enseñar, dirigir y santificar a los fieles, y pidámosle que haga cada vez más dignos a los que ejercen tan santo ministerio.

Oración de bendición

991. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Alabamos tu Nombre, Señor, unidos en una sola voz, y te suplicamos humildemente a ti, que viniste como buen Pastor para reunir en un solo redil a tu rebaño disperso, por medio de aquellos que tú has elegido como cooperadores en la propagación de la verdad. Apacienta a tus fieles y llévalos por el camino de la santidad, y así, pastores y ovejas podrán un día entrar con gozo en los pastos eternos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

992. El celebrante pone incienso en el incensario e incienso la cátedra o la sede. Luego se dirige a ella y allí es incensado por el ministro, mientras se entona un canto adecuado.

Lectura de la Palabra de Dios

993. Después de la incensación del celebrante, se leen algunos textos adecuados de la Sagrada Escritura, seguidos oportunamente de un salmo responsorial o de un sagrado silencio meditativo. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas. *Lc 4, 16-22a: Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Jesús*

Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor.»

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles:

—«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.»

Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios.

Palabra del Señor.

994. Pueden también leerse: Ne 8, 1-4a. 5-6. 8-10; Is 40, 9-11; Hch 10, 34-38; Hch 13, 15-32.

995. Salmo responsorial: Sal 118 (119), 129. 130. 133. 135. 144 (R.: 105)

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor.

Tus preceptos son admirables,
por eso los guarda mi alma; **R.**

la explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes. **R.**

Asegura mis pasos con tu promesa,
que ninguna maldad me domine. **R.**

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
enséñame tus leyes. **R.**

La justicia de tus preceptos es eterna,
dame inteligencia, y tendré vida **R.**

996. O bien: Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida. (cf. Jn 6, 63c)

997. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo, en representación del cual ejercen su función los ministros sagrados.

Preces

998. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Nuestro Señor Jesucristo de tal manera ama a la Iglesia que ha querido por medio de sus ministros y pastores que sea adoctrinada por la palabra divina y alimentada por los santos sacramentos. Por todo esto, lo alabamos, diciendo:

R. Te damos gracias, Señor.

Bendito seas, Señor, que, por medio de los maestros de la fe, continuas enseñándonos tu Evangelio. **R.**

Bendito seas, Señor, que, por medio de los pastores que tú has elegido, nos das sin cesar el alimento espiritual, a nosotros, ovejas de tu rebaño.
R.

Bendito seas, Señor, que, por medio de tus pregoneros, nos llamas y nos invitas a cantar las alabanzas del Padre. **R.**

Oración de bendición

999. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Señor Jesucristo, que enseñaste a los pastores de tu Iglesia a servir a los hermanos y no a ser servidos, te pedimos que hagas con tu gracia que todos los que vengan a esta cátedra (sede) proclamen siempre tu palabra y administren dignamente tus sacramentos, y así, junto con el pueblo a ellos confiado, te alaben sin cesar en la sede eterna del cielo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

1000. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1001. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UN NUEVO AMBÓN

1002. El ambón o lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios debe responder a la dignidad de esta Palabra y ha de recordar a los fieles que la mesa de la Palabra de Dios está siempre dispuesta. Esta bendición sólo puede impartirse cuando se trata de un verdadero ambón, es decir, que no sea un simple atril movable, sino un ambón estable y destacado por su dignidad. Sin embargo, teniendo en cuenta la estructura de cada iglesia, también puede bendecirse un ambón movable, a condición de que sea algo realmente prominente, adecuado a su función y estéticamente elaborado.

1003. Este rito puede unirse a la celebración de la Misa, o también, según las circunstancias, puede emplearse en una celebración de la Palabra de Dios.

A. En la celebración de la Misa

1004. La Misa se celebra en todo como de costumbre, hasta la oración colecta inclusive. En la procesión de entrada, se lleva el evangelario y se deposita sobre el altar. Es de aconsejar que la proclamación de la Palabra de Dios se desarrolle de la siguiente manera: dos lectores, uno de los cuales lleva el leccionario de la Misa, junto con el salmista, se acercan al celebrante.

El celebrante, de pie, toma el leccionario, lo muestra al pueblo y pronuncia estas palabras u otras adecuadas:

Resuene en esta casa la Palabra de Dios, para que conozcáis el misterio de Cristo y se realice vuestra salvación dentro de la Iglesia.

Todos responden:
Amén.

O de otro modo adecuado.

1005. Luego el celebrante entrega el leccionario al primer lector. Los lectores y el salmista se dirigen al ambón, llevando el leccionario, de modo que todos puedan verlo.

1006. Las lecturas se toman de la Misa del día, o bien, pueden seleccionarse del modo siguiente: la primera lectura, del libro de Nehemías 8, 1-4a. 5-6. 8-10, seguida de Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15, con la respuesta: Tus palabras, Señor, son espíritu y vida; si se proclama una segunda lectura puede escogerse la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 3, 14—4, 5a; en cuanto al Evangelio, es aconsejable proclamar el texto de Lucas 4, 14-22a, anteponiendo la

aclamación No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios, con o sin Aleluya, según el tiempo litúrgico

1007. Después de la segunda lectura, el diácono, o en su defecto un presbítero, toma el evangeliario del altar y, precedido de los ministros con los cirios y el incienso, lo lleva al ambón.

1008. Después del Evangelio, el celebrante hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo en la Palabra de Dios.

1009. Luego la Misa continúa en la forma acostumbrada; si se juzga oportuno, se añade el Credo, de modo que los fieles se den cuenta de que hay que responder con la fe a Dios que les habla.

B. En una celebración de la Palabra de Dios

1010. Si la bendición del ambón se hace en una celebración de la Palabra de Dios, se procederá del modo siguiente: el celebrante, después del saludo, exhorta brevemente a los fieles con el fin de disponerlos a la celebración y explicar su significado. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, hermanos, para inaugurar este ambón y destinarlo al uso sagrado, para que aparezca ante todos como un signo de aquella mesa de la Palabra de Dios que nos ofrece el primer y necesario alimento de nuestra vida cristiana. Prestemos a esta celebración la mayor atención, escuchando con fe a Dios, que nos habla, para que sus palabras sean realmente para nosotros espíritu y vida.

1011. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante continúa, con las manos extendidas:

Oh, Dios, tú nos amas tanto que hasta te dignas hablarnos como amigos; concédenos la gracia del Espíritu Santo, para que, al gozar de la dulzura de tu Palabra, nos llenemos del pleno conocimiento de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

1012. Luego se leen algunos textos adecuados de la sagrada Escritura, seguidos oportunamente de un salmo responsorial o de un sagrado silencio meditativo. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de Nehemías. *Ne 8, 1-4a. 5-6. 8-10: Esdras, el escriba, estaba de pie en el púlpito de madera que había hecho para hablar*

En aquellos días, todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la plaza que se abre ante la Puerta del Agua, y pidió a Esdras, el letrado, que trajera el libro de la Ley de Moisés, que Dios había dado a Israel. El sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asamblea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era mediados del mes séptimo. En la plaza de la Puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía, estuvo leyendo el libro a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda la gente seguía con atención la lectura de la Ley. Esdras, el escriba, estaba de pie en el pulpito de madera que había hecho para esta ocasión. Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo —pues se hallaba en un puesto elevado— y, cuando lo abrió; toda la gente se puso en pie. Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió:

—«Amén, amén.»

Después se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de forma que comprendieran la lectura. Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo decían al pueblo entero:

—«Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: No hagáis duelo ni lloréis.» Porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley. Y añadieron:

—«Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza.»

Palabra de Dios.

1013. Pueden también leerse: 2 Tm 3, 14—4, 5a; Lc 4, 16-22a.

1014. Salmos responsoriales: Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15 (R.: cf. Jn 63c)

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante. **R.**

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. **R.**

La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. **R.**

Que te agraden las palabras de mi boca,
y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón,
Señor, roca mía, redentor mío. **R.**

1015. O bien: Sal 118 (119), 129. 130. 133. 135. 144

R. (105) Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor.

1016. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo en la Palabra de Dios.

1017. Si se estima oportuno, se puede decir o cantar el Credo.

Preces

1018. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Hermanos, Dios Padre nos ha dado su Palabra hecha carne para que la escuchemos y encontremos en ella el alimento de nuestra fe. Pidamos juntos:

R. La palabra de Cristo habite entre nosotros en toda su riqueza.

Haz, Señor, que los discípulos de Cristo, tu Hijo, sientan hambre intensa de tu palabra y sean en el mundo fieles testigos de ella. **R.**

Concédenos, Señor, que la meditación asidua de tu palabra nos haga fervorosos en la fe y entregados siempre a las buenas obras. **R.**

Aumenta en nosotros, Señor, con la luz de tu palabra, el conocimiento de ti y de nosotros mismos, para que te amemos más y te sirvamos con mayor fidelidad. **R.**

Asiste, Señor, a los ministros de tu palabra, para que crean de corazón y cumplan en su vida lo que proclaman con sus labios. **R.**

Oración de bendición

1019. Luego el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Oh, Dios, que te has dignado llamar a los hombres a salir de la tiniebla y a entrar en tu luz maravillosa, es justo que te demos gracias, porque nunca dejas de saciarnos con el sabroso alimento de tu Palabra, y porque, siempre que nos reunimos en esta iglesia, nos recuerdas y aclaras las maravillas de tu revelación. Te pedimos, Señor, que en este lugar la voz de tu Hijo llegue siempre a nuestros oídos, y que, dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo, no nos limitemos a escuchar tu Palabra, sino que la llevemos con decisión a la práctica. Que, en este lugar, los que proclaman tu Palabra nos enseñen el camino de la vida, para que nosotros, recorriéndolo valientemente, sigamos a Cristo, el Señor, y alcancemos la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1020. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1021. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

III. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UN NUEVO SAGRARIO

1022. El sagrario, donde se guarda la Eucaristía, evoca en nosotros la presencia del Señor, presencia que deriva del Sacrificio de la Misa, y nos recuerda también a los hermanos, a los que debe unirnos el amor de Cristo. La Iglesia, en efecto, en la administración de los misterios que Cristo, el Señor, le confió, originariamente reservó la Eucaristía para atender a los enfermos y moribundos. Este Alimento celestial, reservado en los sagrarios de las iglesias, se convirtió luego en objeto de adoración.

1023. El rito de esta bendición va unido a la celebración de la Misa.

En ella, es conveniente elegir, observando las debidas normas, las lecturas y oraciones de las Misas de la Sagrada Eucaristía (16). En la homilía, después de la explicación de la Palabra de Dios, se ilustrará siempre de algún modo a los fieles sobre el significado de este rito.

1024. Hecha la oración universal, el celebrante, situado cerca del sagrario que se va a bendecir, vuelto hacia la asamblea, invita a los fieles a la oración, diciendo:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición, con las manos extendidas:

Señor, Padre santo, que has dado a los hombres el verdadero Pan del cielo, dignate bendecirnos a nosotros y a este sagrario, destinado a la reserva del Sacramento del Cuerpo y Sangre de tu Hijo, y haz, con esta bendición, que, al adorar a Cristo aquí presente, nos unamos constantemente a su misterio de redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1025. Luego el celebrante pone incienso e inciensa el sagrario.

1026. La Misa continúa como de costumbre, pero, después de la comunión de los fieles, se deja sobre la mesa del altar la píxide con el Santísimo Sacramento.

Dicha la Oración después de la comunión, habida cuenta de las circunstancias del lugar y de la celebración, puede organizarse, del modo acostumbrado, una procesión a través de la iglesia hacia la capilla o lugar donde se halla el sagrario que se ha bendecido.

Mientras avanza la procesión, se canta la antífona:

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Con el salmo 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9, o un canto apropiado, por ejemplo, Salve, Cuerpo verdadero, nacido de María Virgen, u otro adecuado.

Salmo 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. **R.**

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias. **R.**

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. **R.**

1027. Cuando la procesión ha llegado al sagrario, el celebrante introduce la píxide, dejando abierta la puerta. Pone incienso e incienso de rodillas el Santísimo Sacramento Después de un tiempo prudencial, en el que todos oran en silencio, se cierra la puerta del sagrario.

1028. Entonces, si puede hacerse cómodamente, el diácono, si lo hay, o el mismo celebrante, hace, según las circunstancias, la invitación, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre el pueblo, lo bendice, diciendo:

Dios omnipotente y misericordioso, cuyo Hijo fue su templo verdadero y vivo en la Tierra, por el misterio de su muerte y resurrección, que adoráis, os bendiga y santifique.

R. Amén.

Cristo, que subió al cielo de manera visible, para prepararos sitio en la casa del Padre, y que está aquí presente, en el Sacramento, de manera invisible, para perpetuar la eficacia de su sacrificio, os dé siempre ayuda y fortaleza.

R. Amén.

Que nuestro Señor, presente en la Eucaristía, cuando vengáis aquí a meditar la obra de salvación, se convierta para todos vosotros en fuente inagotable de agua para la vida eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1029. O bien, orando sobre el pueblo, el celebrante dice:

Concede a tus fieles, Señor, un aumento constante de fe y de gracia, para que, meditando asiduamente el amor de tu Hijo, que permanece entre nosotros, frecuentemos con provecho el memorial de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de la oración, añade:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1030. Si no hay procesión, dicha la oración después de la comunión, se deposita la píxide en el sagrario, cuya puerta permanece abierta. El celebrante pone incienso e inciensa de rodillas el Santísimo Sacramento.

1031. Finalmente, después de un tiempo prudencial, en el que todos oran en silencio, el celebrante cierra la puerta del sagrario y bendice al pueblo, empleando una de las fórmulas indicadas en los núms. 1028-1029.

1032. El diácono, si lo hay, o el mismo celebrante, despide al pueblo en la forma acostumbrada.

IV. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA NUEVA SEDE PARA LA CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

1033. La sede para la celebración del sacramento de la penitencia, situada en la iglesia, expresa de un modo patente que la confesión y absolución de los pecados es una acción litúrgica que pertenece al Cuerpo de la Iglesia, y que está ordenada a una renovada participación de los hermanos en el Sacrificio de Cristo y de la Iglesia.

1034. El rito de esta bendición nunca se ha de unir a la celebración de la Misa; en cambio, resulta oportuno unirlo a una celebración penitencial.

Ritos iniciales

1035. Reunido el pueblo, se canta, según las circunstancias, un salmo, una antífona u otro canto adecuado.

1036. Terminado el canto, el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:
Amén.

1037. Luego el sacerdote saluda a los presentes, diciendo:

La gracia, la misericordia y la paz de Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, que es la remisión de todos los pecados, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura, o del Ritual de la Penitencia, núms. 106-110.

Todos responden:
Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1038. Luego el sacerdote, con una breve monición, instruye a los presentes sobre el significado del rito, lo que puede hacer con estas palabras u otras semejantes:

Este rito de bendición, en el que participamos con fe, nos recuerda en primer lugar que hemos de estar vivamente agradecidos a Dios, que manifiesta especialmente su poder con el perdón y la misericordia. A esta sede penitencial, en efecto, nos acercamos como pecadores y volvemos de ella justificados, gracias al ministerio de reconciliación que Cristo Jesús ha otorgado a su Iglesia. Él nos conceda que todos los que se sienten agobiados por el peso de sus pecados hallen en esta sede la liberación, y que todos los que están manchados por el barro de este mundo salgan de aquí blanqueados en la Sangre del Cordero.

Lectura de la Palabra de Dios

1039. Entonces empieza la Celebración de la Palabra. El lector, uno de los presentes o el mismo sacerdote, lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, elegidos entre los que propone el leccionario del Ritual de la Penitencia (17), o entre los que se proponen a continuación:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo. *Mt 9, 1-8: ¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados*

En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. Le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

—«¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados.»

Algunos de los letrados se dijeron:

—«Éste blasfema.»

Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:

—«¿Por qué pensáis mal? ¿Qué es más fácil decir: "tus pecados están perdonados", o decir "levántate y anda"? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.»

Dijo dirigiéndose al paralítico:

—«Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa.»

Se puso en pie, y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Palabra del Señor.

1040. Pueden también leerse: 2 S 12, 1-9. 13; Ez 18, 20-32; Rm 5, 6-11; 2 Co 5, 17-21; Lc 7, 36-50; Jn 8, 1-11.

1041. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 129 (130), 1-2. 3-4. 5-6b. 6c-8 (R.: 7bc)

R. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. **R.**

Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. **R.**

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora. **R.**

Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos. **R.**

1042. O bien: Sal 31 (32), 1-2. 3-4. 5. 6-7

R. (5c) Confesaré al Señor mi culpa.

Sal 50 (51), 3-4. 5-6. 7-8. 9-10. 11-12

R. (14a) Devuélveme la alegría de tu salvación.

1043. Terminadas las lecturas, el sacerdote hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la importancia eclesial del sacramento de la penitencia.

Preces

1044. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Demos gracias, hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, que, por la muerte y resurrección de su Hijo y con la fuerza del Espíritu Santo nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha concedido el perdón de todos los pecados:

R. Te damos gracias, Señor.

Bendito seas, Señor, que entregaste a tu Hijo por nuestros pecados, para que nos arrancara de las tinieblas del pecado y nos introdujera en la luz y la paz de tu reino. **R.**

Bendito seas, Señor, que, por el Espíritu Santo, purificas nuestra conciencia de las obras muertas. **R.**

Bendito seas, Señor, que has dado a la Iglesia santa las llaves del reino de los cielos, para que las puertas de tu misericordia queden abiertas para todos. **R.**

Bendito seas, Señor, que en el ministerio de la reconciliación obras siempre cosas grandes y maravillosas, dándonos ahora el perdón y más tarde la vida eterna. **R.**

1045. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

En verdad es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar, Dios todopoderoso y eterno, que corriges con justicia y perdonas con clemencia. Pero siempre te muestras misericordioso, porque, cuando castigas, lo haces para que no perezcamos eternamente y, cuando perdonas, nos das ocasión para corregirnos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1046. El sacerdote concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Padre nos bendiga, pues nos llamó a ser sus hijos adoptivos.

R. Amén.

El Hijo nos auxilie, pues nos recibió como hermanos.

R. Amén.

El Espíritu Santo nos fortalezca, pues hizo de nosotros su templo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1047. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXX. BENDICIÓN DE UNA NUEVA PUERTA DE LA IGLESIA

1048. En algunas celebraciones litúrgicas, como en el bautismo, el matrimonio y las exequias, los fieles son recibidos en la puerta de la iglesia. Por ella entran también en la iglesia, en determinados días del año litúrgico, al terminar la procesión. Por esta razón resulta oportuno que la puerta de la iglesia, tanto en su estructura como en su ornato artístico, aparezca como un signo de Cristo, que dijo: «Yo soy la puerta de las ovejas» (Jn 10, 7), y como signo también de los que han recorrido el camino de la santidad, que conduce a la morada de Dios.

1049. La construcción de una nueva puerta de la iglesia puede brindar una ocasión propicia para recordar a los fieles un acontecimiento externo de cierta relevancia, pero al mismo tiempo y sobre todo para evocar en ellos el significado íntimo y profundo de todo lo que es y representa el recinto sagrado al que da acceso la puerta. De ahí que resulte oportuno dirigir a Dios una oración peculiar para cuando se celebra la bendición de las puertas de las iglesias, y con tal motivo reunir a los fieles, aprovechando así esta coyuntura para que escuchen la palabra de Dios y eleven a él sus plegarias.

1050. Este formulario puede utilizarlo el sacerdote, el cual, respetando la estructura del rito y los elementos principales de que consta, puede adaptar cada una de sus partes a las circunstancias concretas del lugar y de las personas.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1051. Reunida la comunidad, puede entonarse ante la puerta de la iglesia un canto adecuado, por ejemplo, la antífona:

R. ¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas.

Con el salmo 23 (24), u otro canto adecuado.

Salmo 23 (24)

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. **R.**

—¿Quién puede subir al monte del Señor?

¿Quién puede estar en el recinto sacro? **R.**

—El hombre de manos inocentes y puro corazón,
que no confía en los ídolos
ni jura contra el prójimo en falso.
Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación. **R.**

—Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob. **R.**

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria. **R.**

—¿Quién es ese Rey de la gloria?
—El Señor, héroe valeroso;
el Señor, héroe de la guerra. **R.**

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria. **R.**

—¿Quién es ese Rey de la gloria?
—El Señor, Dios de los ejércitos.
Él es el Rey de la gloria. **R.**

Terminado el canto, el celebrante dice:
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:
Amén.

1052. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz estén con todos vosotros, en la santa Iglesia de Dios.

U otras palabras, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.
El pueblo responde:
Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1053. Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su ánimo a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hemos venido aquí, hermanos, para bendecir la puerta de esta iglesia. Asistamos con devoción a esta ceremonia y pidamos humildemente al Señor que todos los que traspasen sus umbrales para entrar en la iglesia con el fin de escuchar la palabra de Dios y celebrar los sagrados misterios sigan con rectitud de corazón la voz de Cristo, que se proclama a sí mismo puerta de la vida eterna.

1054. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Señor, Dios nuestro, que has querido que tu pueblo se llamara Iglesia, haz que, reunida en tu Nombre, te venere, te ame, te siga y, guiada por ti, alcance el reino que le has prometido.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

1055. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Apocalipsis. *Ap 21, 2-3. 23-26: Vi la ciudad santa, que descendía del cielo, enviada por Dios*

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono:

—«Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios.»

La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. A su luz caminarán las naciones, y los reyes de la tierra llevarán a ella su esplendor, y sus puertas no se cerrarán de día, pues allí no habrá noche. Llevarán a ella el esplendor y la riqueza de las naciones.

Palabra de Dios.

1056. Pueden también leerse: Is 26, 1-9; Jr 7, 1-7; Jn 10, 1-10.

1057. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 117 (118), l-y.4. 15-16. 19-20. 22-23 (R.: 26)

R. Bendito el que viene en nombre del Señor.

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. **R.**

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa.» **R.**

Abridme las puertas del triunfo,

y entraré para dar gracias al Señor.
Ésta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella. R
La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente. R-

1058. O bien: Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5

R. (2b) Servid al Señor con alegría.

1059. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

1060. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Nosotros, que somos como piedras vivas edificadas sobre Cristo, piedra escogida, invoquémoslo en favor de su amada Iglesia y proclamemos nuestra fe firme en ella, diciendo:

R. Aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo.

Jesús, Señor, que eres el Pastor eterno y la puerta de las ovejas,
— amplía, congrega y protege tu grey. **R.**

Jesús, Señor, que edificaste tu casa sobre roca,
— consolida a tu Iglesia en una fe firme y confiada. **R.**

Jesús, Señor, de cuyo costado salió sangre y agua,
— renueva a tu Iglesia con los sacramentos de la alianza nueva y eterna.
R.

Jesús, Señor, presente en medio de los que se reúnen en tu Nombre,
— escucha la oración unánime de tu Iglesia. **R.**

Jesús, Señor, que, con el Padre y el Espíritu Santo, haces morada en los
que te aman,
— lleva a tu Iglesia a su perfección por el amor. **R.**

Jesús, Señor, que nunca echas afuera a los que vienen a ti,
— recibe a todos los pecadores en la casa de tu Padre. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1061. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a los fieles a orar, diciendo:

Queridos hermanos, hemos venido aquí con alegría, para inaugurar con la bendición divina la nueva puerta de esta iglesia. Invoquemos humildemente a Dios, pidiéndole que nos asista con su gracia.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1062. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, que enviaste a tu Hijo a este mundo para reunir, con la efusión de su sangre, a los hombres, dispersos por la fuerza disgregadora del pecado, y para que fuera el Pastor y la Puerta de los que están agrupados en un solo redil, de manera que quien entre por ella se salvará, y podrá entrar y salir y encontrará pastos. Te suplicamos, Señor, que tus fieles, al entrar por esta puerta, por medio de Jesucristo, tu Hijo, puedan acercarse a ti, Padre, con un mismo Espíritu, y, al acudir a tu iglesia, confiados, por la fe en Cristo, manteniéndose constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en las oraciones, crezcan siempre para edificación de la Jerusalén celeste.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1063. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, rocía la puerta con agua bendita, pone incienso y la incienso.

Conclusión del rito

1064. Luego el celebrante bendice al pueblo, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

Dios, Señor de cielo y tierra, que ha querido hoy reuniros para la bendición de esta puerta, os conceda también que entréis por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, y alcancéis así la herencia de la felicidad eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1065. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXXI.

BENDICIÓN DE UNA NUEVA CRUZ QUE SE HA DE EXPONER A LA PÚBLICA VENERACIÓN

1066. Entre las sagradas imágenes, ocupa el primer lugar «la representación de la valiosa y vivificante cruz» (18), ya que es el símbolo de todo el Misterio pascual. Para el pueblo cristiano ninguna otra imagen es más querida, ninguna más antigua. La santa cruz representa la Pasión de Cristo y su triunfo sobre la muerte, y también, como enseñaron los santos Padres, anuncia su segunda y gloriosa venida.

1067. La imagen de la cruz, no sólo se ofrece a la veneración de los fieles el Viernes Santo y es celebrada como Trofeo de Cristo y árbol de vida en la fiesta de la Exaltación, el día 14 de septiembre, sino que también descuella en la Iglesia y se coloca ante el pueblo siempre que éste se reúne para celebrar los divinos oficios, y se sitúa en lugar destacado en los hogares de los bautizados. Teniendo en cuenta las circunstancias de tiempo y de lugar, con razón los fieles erigen públicamente la cruz, para que sea testimonio de su fe y signo del amor que Dios tiene a todos los hombres.

1068. Es conveniente, máxime si se trata de una cruz que se coloca en un lugar insigne de la iglesia, que la imagen del cuerpo de Jesús crucificado esté también fijada a la cruz.

1069. El rito que aquí se describe puede usarlo el presbítero, el cual, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptará la celebración a las circunstancias de las personas y del lugar. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1070. La bendición de la nueva cruz puede hacerse en cualquier día y hora, excepto el Miércoles de Ceniza, el Triduo pascual y la Conmemoración de todos los fieles difuntos; pero debe elegirse un día en que los fieles puedan acudir en gran número. Se ha de preparar oportunamente a los fieles para que asistan activamente al rito.

1071. El rito que se describe en este capítulo se refiere únicamente a dos casos:

- a) cuando se ha de bendecir solemnemente una cruz erigida en un lugar público, distinto de la iglesia;
- b) cuando se ha de bendecir la cruz principal que descuella en la nave de la iglesia, donde se reúne la comunidad de los fieles.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1072. Si ello es factible, conviene que la comunidad de los fieles se dirija procesionalmente desde la iglesia u otro lugar adecuado al lugar donde se ha erigido la cruz que se ha de bendecir. Si la procesión no puede hacerse o no parece oportuna, los fieles se reúnen en el lugar donde se ha erigido la cruz que se ha de bendecir.

1073. Reunido el pueblo, el celebrante saluda a los fieles, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por nosotros colgó del madero, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1074. Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su ánimo a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Al bendecir solemnemente esta cruz, queridos hermanos, veneremos con fe el designio eterno de Dios, según el cual el misterio de la cruz se ha convertido en el signo de la misericordia divina. Siempre que miremos la cruz, recordaremos que en ella culminó el misterio del amor con el que Cristo amó a su Iglesia. Siempre que saludemos la cruz, acordémonos de que Cristo, suprimiendo con su Sangre toda división, hizo de todos los hombres un solo pueblo. Siempre que veneremos la cruz, pensemos que somos y nos declaramos discípulos de Cristo y, cargando todos cada día con la propia cruz, sigámoslo con generosidad. Esforcémonos, pues, por asistir atentamente a esta celebración, para que el misterio de la cruz brille, ante nuestros ojos con un nuevo fulgor y podamos sentir con más fuerza su eficacia.

1075. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue:

Oh, Dios, cuyo Hijo, al pasar de este mundo a ti, clavado en el árbol de la cruz, reconcilió contigo a la familia humana, dirige tu mirada sobre estos servidores tuyos, que han levantado esta señal de salvación, y concédeles que, protegidos por su poder, cargando con su cruz cada día y siguiendo el camino del Evangelio, alcancen felizmente la meta del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

1076. El diácono si las circunstancias lo aconsejan, hace la monición:

Marchemos en paz.

1077. Y se organiza la procesión hacia el lugar donde se ha erigido la cruz. Mientras avanza la procesión, se canta la antífona.

R. Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro, Señor Jesucristo.

Con el salmo 97 (98), un himno u otro canto adecuado.

Salmo 97 (98)

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. **R.**

El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. **R.**

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. **R.**

Tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. **R.**

Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor, que llega para regir la tierra. **R.**

Regirá el orbe con justicia
y los pueblos con rectitud. **R.**

1078. Si no ha de hacerse la procesión, inmediatamente después de la colecta, omitido el canto, se hace la lectura de la Palabra de Dios.

Lectura de la Palabra de Dios

1079. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que se indican a continuación o los que se proponen en el Leccionario sobre el Misterio de la santa Cruz (19), intercalando los convenientes salmos responsoriales o bien espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante. También pueden emplearse las lecturas que propone el Leccionario sobre la Pasión del Señor (20).

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Filipenses. Flp 2, 5-11: *Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz*

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo,

pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: «Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.»

Palabra de Dios.

1080. Pueden también leerse: Nm 21, 4-9; I Co 2, 1-5; Hb 4, 12-16; Jn 3, 13-17; Jn 19, 25-27.

1081. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial.

Sal 30 (31), 2 y 6. 12-13. 15-16. (R.: Le 23, 46)

R. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás. **R.**

Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos;
me ven por la calle, y escapan de mí.
Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cacharro inútil. **R.**

Pero yo confío en ti, Señor,
te digo: «Tú eres mi Dios.»
En tu mano están mis azares;
líbrame de los enemigos que me persiguen. **R.**

1082. O bien: Sal 21 (22), 8-9. 17-18a. 23-24b

R. (2a) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Sal 54 (55), 5-6. 13. 14-15. 17-18. 23

R. (23ab) Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará.

1083. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración y el poder de la cruz del Señor.

Oración de bendición

1084. Terminada la homilía, el celebrante, de pie ante la cruz, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, que, en el exceso de tu amor, nos procuraste el remedio de la salvación y de la vida en el árbol, de donde el primer hombre había sacado ruina y muerte. Porque, cuando llegó la hora de su Pascua, Jesús, el Señor, sacerdote, maestro y rey, ascendió voluntariamente al árbol de la cruz y lo convirtió en trono de su gloria, en altar de su sacrificio, en cátedra de la verdad. Allí, elevado sobre la tierra, venció al antiguo enemigo y, vestido con la púrpura de su sangre, atrajo hacia sí, lleno de amor, a todos los hombres; allí, con los brazos extendidos, te hizo, Padre, la ofrenda de su vida e infundió una fuerza salvadora a los sacramentos de la Nueva Alianza; allí, enseñó con su muerte lo que antes había anunciado de palabra: que el grano de trigo, cuando muere, produce fruto abundante. Así, pues, te suplicamos, Señor, que tus fieles, al venerar este signo de salvación, reciban los frutos de redención que Cristo Jesús mereció con su Pasión; que en la cruz den muerte a sus pecados y que, por el poder de esta cruz, dominen la soberbia y fortalezcan su debilidad; que en ella encuentren consuelo en sus aflicciones y seguridad en sus peligros; y que, protegidos por su poder, recorran sin daño los caminos de este mundo, hasta que tú, Padre, los recibas en el Hogar del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1085. O bien:

Señor, Padre santo, que quisiste que la cruz de tu Hijo fuera la fuente de toda bendición y el origen de todos tus beneficios, atiende generoso a nuestras súplicas, ya que hemos alzado esta cruz como un testimonio de nuestra fe, y concédenos que, viviendo, aquí en la Tierra, unidos siempre al misterio de la Pasión de Cristo, alcancemos el gozo eterno de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1086. El celebrante pone incienso en el incensario e incienso la cruz.

Después se canta la antífona:

Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa Resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

O bien:

Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos, Señor, Dios nuestro.

U otro canto adecuado en honor de la santa cruz.

1087. Terminado el canto, si puede hacerse cómodamente, el celebrante, los ministros y los fieles veneran la nueva cruz se acercan a ella ordenadamente uno tras otro y le hacen alguna señal de veneración, según las costumbres del lugar. Si esto no es posible, el celebrante, con unas breves palabras, invita al pueblo a venerar la santa cruz, y éste la venera, guardando algún tiempo de silencio o profiriendo una adecuada aclamación, por ejemplo: *Esta señal de la cruz brillará en el cielo cuando venga el Señor para juzgar.*

Conclusión del rito

1088. Terminada la veneración de la cruz, se hace la oración universal, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta:

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle:

R. Por tu cruz, sálvanos, Señor.

Cristo, tú que te despojaste de tu gloria y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos,
—haz que todos los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad. **R.**

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de cruz,
—otórganos, a tus servidores, la virtud de la sumisión y la paciencia. **R.**

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»,
—concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin en tu servicio. **R.**

Cristo, a cuyo Nombre ha de doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo,
—atrae a todos los hombres hacia tu corazón, para que te veneren y te adoren con fe. **R.**

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre,
—recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la felicidad eterna. **R.**

1089. Luego el celebrante introduce oportunamente la oración del Señor, con estas palabras u otras semejantes:

Siguiendo las palabras y ejemplos de Cristo en su Pasión, digamos la oración en la que confiadamente nos entregamos a la voluntad de Dios, nuestro Padre.

Todos:

Padre nuestro...

El celebrante dice a continuación:

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

1090. Luego el celebrante bendice al pueblo como de costumbre y el diácono despide al pueblo.

Capítulo XXXII.

BENDICIÓN DE LAS IMÁGENES QUE SE EXPONEN A LA PÚBLICA VENERACIÓN DE LOS FIELES

1091. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza (21). Esta imagen divina, el hombre, al pecar, la mancilló tristemente en sí mismo, pero Cristo, que es plena y perfecta «imagen del Dios invisible» (22), la restauró misericordiosamente con su muerte. En Cristo sus discípulos se convierten en una criatura nueva (23) y, por la acción del Espíritu Santo, se van transformando en imagen del mismo Cristo (24).

1092. Para que los fieles puedan contemplar más profundamente el misterio de la gloria de Dios, que fue reflejada en la faz de Jesucristo (25) y que resplandece en sus santos, y para que estos mismos fieles sean «luz en el Señor» (26), la madre Iglesia los invita a venerar piadosamente las imágenes sagradas. Éstas, además, han sido realizadas a veces con gran arte y gozan de una religiosa nobleza, con lo que vienen a ser un resplandor de aquella belleza que procede de Dios y a Dios conduce. Las imágenes, en efecto, no sólo traen a la memoria de los fieles a Jesucristo y a los santos que representan, sino que en cierta medida los ponen ante sus ojos: «Cuanto mayor es la frecuencia con que se miran las imágenes, tanto más los que las contemplan se sienten atraídos hacia el recuerdo y deseo de sus originales» (27).

Por todo ello, la veneración de las sagradas imágenes figura entre las principales formas de la veneración debida a Cristo, el Señor, y, en modo distinto, a los santos (28), «no porque se crea que en ellas hay alguna divinidad o poder que sean el motivo del culto que se les da», sino «porque el honor que se les tributa está referido a los prototipos que representan» (29).

1093. Cuando se expone a la pública veneración de los fieles una nueva imagen sagrada, sobre todo en las iglesias, a tenor de lo establecido en la Constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium*, núm. 125, es conveniente bendecirla con el rito peculiar que aquí se propone. Esta bendición no debe hacerse dentro de la Misa. En cambio, si se trata de una imagen destinada a ser venerada sólo en casas particulares, se ha de bendecir con el rito descrito más adelante en el capítulo XLIII.

1094. El presente capítulo incluye tres ritos:

- a) bendición de una imagen de nuestro Señor Jesucristo;
- b) bendición de una imagen de santa María Virgen;
- c) bendición de una imagen de uno o varios santos.

1095. Estos ritos puede utilizarlos el presbítero, el cual, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, puede adaptar alguno de estos elementos, para que la celebración se acomode mejor a las circunstancias del lugar y de las personas. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1096. La bendición de una imagen sagrada se intercala en la celebración de las Vísperas, en el día en que se han de celebrar, o se pueden celebrar, las Vísperas correspondientes al caso. Las Vísperas se celebran en la forma acostumbrada. Terminada la salmodia, es conveniente hacer una lectura más extensa, seleccionada entre las que propone el Leccionario para las fiestas del Señor, de santa María Virgen y de los santos. Luego el celebrante hace la homilía, en la cual explica la lectura bíblica y la importancia que tienen las sagradas imágenes en la Iglesia. Después de la lectura bíblica o de la homilía, según la oportunidad, todos meditan un rato en silencio la Palabra de Dios. Después se canta el responsorio de la Liturgia de las Horas o un canto similar. Terminado el canto, el celebrante dice la oración de bendición, a la que sigue el cántico evangélico con la antífona propia. Mientras se canta el cántico, se incienso la imagen, después de la incensación del altar y de la cruz. La celebración de las Vísperas prosigue y concluye del modo acostumbrado.

I. RITO DE LA BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Ritos iniciales

1097. Reunido el pueblo, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1098. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios Padre y de Jesucristo, el Señor, que es imagen de Dios invisible, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1099. Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

En verdad, queridos hermanos, tenemos motivos para alegrarnos, ya que vamos a bendecir a Dios, con ocasión de esta nueva imagen de nuestro Señor Jesucristo, destinada a la pública veneración. Esta sagrada imagen ha de recordarnos en primer lugar que Cristo es imagen visible de Dios invisible: el Hijo eterno de Dios, que bajó al seno de la Virgen, es el signo y sacramento de Dios Padre. Él, en efecto, dijo: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre.» Al venerar, pues, esta imagen, levantemos los ojos hacia Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo reina para siempre.

Lectura de la Palabra de Dios

1100. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que proponen el Leccionario del Misal Romano o de la Liturgia de las Horas para la celebración del misterio concreto del Señor representado en la imagen, intercalando los convenientes responsorios o espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante. También pueden leerse los textos que se proponen a continuación:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Colosenses. *Col 1, 12-20: Cristo, el Señor, es imagen de Dios invisible.*

Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Palabra de Dios.

1101. Puede también leerse: Jn 14, 1-11.

1102. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 8, 4-5. 6-7a. (R.: 2a)

R. Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? **R.**

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos. **R.**

1103. O bien: Ap 15, 3. 4

R. (14, 7) Respetad a Dios y dadle gloria.

1104. El celebrante, según las circunstancias, hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el misterio del Señor representado en la imagen, para que el significado de la celebración sea percibido por la fe.

Preces

1105. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la comunidad o del momento. Invoquemos a Dios Padre, que nos ha dado por salvador y redentor a su Verbo, por quien todo fue creado y en quien todo se mantiene, y digámosle:

R. Haz que seamos imagen de tu Hijo.

Padre, cuyo Hijo es Sabiduría infinita y Verdad suprema,
— haz que, conociéndolo cada vez más profundamente, deseemos también unirnos a él más intensamente. **R.**

Padre, que inundaste de gozo a la tierra, al enviar a tu Hijo,
— alegra nuestro corazón con la continua presencia de Cristo. **R.**

Padre, que ungiste a Cristo como sacerdote, rey y profeta,
— haz que él nos encuentre como sacrificio agradable a tus ojos, servidores fieles, discípulos atentos, ti. **R.**

Padre, que quisiste que Cristo fuera para nosotros un maestro manso y humilde de corazón,
— haz que con docilidad aprendamos de él la mansedumbre y la bondad. **R.**

Padre, que por la sangre de la cruz de Cristo reconciliaste contigo todos los seres,
— haz que trabajemos por la concordia y la paz. **R.**

Padre, que en el sublime designio de tu providencia quisiste que nuestro Salvador fuera colgado de un madero, para que destruyera el poder de la muerte y del infierno,
— haz que nos unamos a su muerte para tener parte en su resurrección. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1106. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante con estas palabras u otras semejantes invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Oremos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que, al recordar el misterio de Cristo, alcancemos los beneficios de nuestra salvación.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1107. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Padre, amigo entrañable del género humano, porque enviaste al mundo a tu Palabra, para que, encarnándose en la Virgen purísima, fuera nuestro salvador y nuestro hermano primogénito, en todo igual a nosotros, menos en el pecado.

En Cristo nos diste el supremo modelo de santidad; la Iglesia lo venera en su infancia y, cuando lo mira como débil niño en la cuna, lo adora como Dios todopoderoso; cuando contempla su rostro, ve en él la expresión de tu bondad, y cuando recibe de su boca las palabras de vida, se llena de tu sabiduría; al sondear lo profundo del amor de su corazón, ella misma se abrasa en aquel fuego del Espíritu que él derramó para hacernos renacer a una vida nueva; cuando lo mira enrojecido por su sangre divina, venera esta sangre preciosa, con la que ella misma ha quedado purificada; y, al exultar por la resurrección de Cristo, participa y experimenta de antemano la gloria de su Esposo.

A ti, pues, Señor, te pedimos humildemente que tus hijos, al venerar esta imagen de Cristo, tengan los sentimientos propios de Cristo Jesús y, ya que son imagen del hombre terreno, sean un día también imagen del hombre celestial.

Que tu Hijo sea para ellos, Padre, el camino por el que vayan hacia ti; la verdad que ilumine sus corazones, la vida de que se alimenten y vivan; que él sea para ellos la luz que disipe las tinieblas del camino, la piedra en la que descansen al fatigarse, la puerta por la que sean admitidos en la nueva Jerusalén.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1108. O bien:

Oh Dios, tú habitas en una luz inaccesible y nos has amado tanto que, siendo invisible, te nos has hecho visible en Cristo; mira con bondad a

estos hijos tuyos, que han dado forma a esta efigie de tu Hijo, y haz que al venerarla, se vayan transformando en la realidad que esta imagen representa.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1109. Después de la oración de bendición, el celebrante pone incienso e inciensa la imagen, mientras se canta una antífona, un himno o un salmo que tengan relación con el misterio de Cristo representado en la imagen, u otro canto adecuado.

Conclusión del rito

1110. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él diciendo:

La paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodie vuestros corazones y vuestros pensamientos en el conocimiento y el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Todos:

Amén.

1111. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO DE LA BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE SANTA MARÍA VIRGEN

Ritos iniciales

1112. Reunido el pueblo, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:
Amén.

1113. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, nacido de la Virgen María, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:
Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1114. Luego el celebrante exhorta brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Llenos de alegría, nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para bendecir una imagen de la santísima Virgen. Esta efigie con el título de **N.** será un signo de cuán grande y profunda es la relación de la santísima Virgen con Cristo y su Iglesia. Santa María, en efecto, es la madre de Cristo, imagen visible de Dios invisible, y ella misma es imagen, figura y modelo de la Iglesia: imagen en que la Iglesia contempla con gozo lo que ella, en su totalidad, espera ser; figura en que reconoce el camino y la norma para llegar a la plena unión con Cristo; modelo en

que se apoya la Esposa de Cristo para cumplir su misión apostólica. Asistamos con atención y fervor a esta acción sagrada.

Lectura de la Palabra de Dios

1115. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que proponen el Leccionario del Misal romano o de la Liturgia de las Horas en el Común o en el Propio de santa María Virgen, intercalando los convenientes responsorios o espacios de silencio. También pueden leerse los textos que se proponen a continuación.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas. *Lc 1, 42-50: Me felicitarán todas las generaciones*

Isabel dijo a voz en grito:

—«¡Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

María dijo:

—«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su Nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.»

Palabra del Señor.

1116. Pueden también leerse: Ap 11, 19a; 12, 1-6a. lOab; Lc 1, 26-38; Jn 19, 25-27.

1117. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 112 (113), 1-2. 3-4. 5-6. 7-8 (R.: 2)

R. Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre.

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre. **R**

De la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.
El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos. **R.**

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra? **R.**

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo. **R.**

1118. O bien: Lc 1, 46-47. 48-49. 50-51. 52-53. 54-55

R. (49) El Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su Nombre es santo.

1119. El celebrante, según las circunstancias, hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y el papel de santa María Virgen en la historia de la salvación, para que el significado de la celebración sea percibido por la fe.

Preces

1120. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la comunidad o del momento.

Elevemos nuestras súplicas al Salvador, que quiso nacer de María Virgen, y digámosle:

R. Que tu Madre, Señor, interceda por nosotros.

Salvador del mundo, que, con la eficacia de tu redención, preservaste a tu Madre de toda mancha de pecado,
— líbranos a nosotros de toda culpa. **R.**

Redentor nuestro, que hiciste de la Virgen María lugar de tu presencia y sagrario del Espíritu Santo,
— haz también de nosotros un templo en el que habite siempre tu Espíritu. **R.**

Sacerdote nuestro, que quisiste que tu Madre estuviera junto a tu cruz,
— por su intercesión, concédanos compartir con alegría tus padecimientos. **R.**

Rey de reyes, que elevaste contigo al cielo en cuerpo y alma a tu Madre,
— haz que busquemos y aspiremos siempre a los bienes del cielo. **R.**

Señor del cielo y de la tierra, que has colocado a tu derecha a María reina,
— danos un día el gozo de tener parte en la gloria. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1121. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Unidos, como la Madre de Jesús y los apóstoles, presentemos a Dios nuestras humildes peticiones.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1122. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te alabamos, Señor, Dios inefable, que antes de la creación del mundo constituíste a Cristo principio y fin de todas las cosas y, en tu admirable designio de bondad, uniste a él a la santísima Virgen, para que fuera Madre y cooperadora de tu Hijo, imagen y modelo de la Iglesia, madre y protectora de todos nosotros: ella es, en efecto, la mujer nueva, que reparó los estragos de la antigua Eva; la excelsa Hija de Sión, que, uniendo su voz suplicante a los gemidos de los patriarcas, asumió en su corazón las esperanzas del antiguo Israel; la servidora pobre y humilde, de quien salió el Sol de justicia, tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Padre santo, te pedimos que tus fieles, que han elaborado esta efigie de la santísima Virgen, gocen siempre de su protección y graben en su corazón la imagen que contemplan con sus ojos. Que tengan una fe inquebrantable y una firme esperanza, así como una caridad diligente y una sincera humildad; que tengan fortaleza en el sufrimiento, dignidad en la pobreza, paciencia en la adversidad, donación en la prosperidad; que trabajen por la paz y luchen por la justicia, para que, después de recorrer los caminos de este mundo en el amor a ti y a los hermanos, lleguen a la Ciudad permanente, donde la santísima Virgen intercede como Madre y resplandece como Reina.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1123. O bien:

Oh, Dios, que en la santísima Virgen has dado a tu Iglesia, que peregrina en este mundo, una imagen de la gloria futura a la que espera llegar, haz que tus fieles, que han elaborado esta imagen de santa María, alcen confiadamente sus ojos hacia ella, que resplandece como modelo de virtudes para todo el pueblo de tus elegidos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1124. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, pone incienso e incienso la imagen, mientras se canta un salmo o un himno que guarde relación con el título de santa María Virgen representado en la imagen, o, por ejemplo, una de las siguientes antífonas:

El Altísimo te ha bendecido, Virgen María, más que a todas las mujeres de la tierra.

O bien:

Bajo tu protección nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh, Virgen gloriosa y bendita.

Conclusión del rito

1125. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él, diciendo:

El Dios, que en su providencia amorosa quiso salvar al género humano por el fruto bendito del seno de la Virgen María, os colme de sus bendiciones.

R. Amén.

Que os acompañe siempre la protección de la Virgen, por quien habéis recibido al Autor de la vida.

R. Amén.

Y a todos vosotros, reunidos hoy con devoción, el Señor os conceda la alegría del Espíritu y los bienes de su reino.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1126. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

III. RITO DE LA BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE LOS SANTOS

Ritos iniciales

1127. Reunido el pueblo, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1128. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que es la corona de todos los santos, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1129. Luego el celebrante exhorta brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Al disponernos, hermanos, a celebrar este rito, en el que bendeciremos a Dios con ocasión de exponer a la pública veneración de los fieles esta nueva y noble imagen de san **N.**, conviene que, ante todo, preparemos nuestro espíritu para entender lo que significa esta celebración. La madre Iglesia, al exponer a la pública veneración las imágenes de los santos, espera de nosotros, sobre todo, que, al mirar las efigies de los que han

seguido a Cristo con fidelidad, andemos en busca de la Ciudad futura y, al mismo tiempo, aprendamos cuál es el camino para llegar con seguridad a la plena unión con Cristo; los santos, en efecto, son amigos y coherederos de Jesucristo, y también hermanos y eximios bienhechores nuestros, que nos aman, nos asisten, interceden solícitamente por nosotros y, de una manera admirable, están en comunión con nosotros.

Lectura de la Palabra de Dios

1130. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que proponen el Leccionario del Misal Romano o de la Liturgia de las Horas en el Común o en el Propio de los santos, intercalando los convenientes salmos responsoriales o espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante. También pueden leerse los textos que se proponen a continuación:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo. *Mt 5, 1-12a: Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*

Al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablarles, enseñándoles:

—«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

Palabra del Señor.

1131. Pueden también leerse: Ef 3, 14-19; 1P 4, 7b-II; Un 5, 1-5.

1132. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6 (R.: 2a)

R. Su gozo es la ley del Señor.

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. **R.**

Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. **R.**

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. **R.**

1133. O bien: Sal 14 (15), 2-3. 4-5

R. (cf. Ib) El justo habitará en tu monte santo, Señor.

Sal 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 11

R. (2a) Bendigo al Señor en todo momento.

1134. Luego el celebrante, según las circunstancias, hace la homilía, en la cual explica adecuadamente las lecturas bíblicas y el papel que representan los santos en la vida de la Iglesia, para que el significado de la celebración sea percibido por la fe.

Preces

1135. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la comunidad o del momento.

Invoquemos suplicantes a Dios Padre, que configura a los santos con la imagen de su Hijo, y que con la fuerza del Espíritu no deja de santificar a la Iglesia, y digámosle:

R. Sálvanos, Señor, por la intercesión de san **N.**

Dios, fuente de santidad, que has hecho brillar en tus santos las maravillas de tu gracia multiforme,
— concédenos celebrar tu grandeza en ellos. **R.**

Dios sapientísimo, que por medio de Cristo has constituido a los apóstoles fundamento de tu Iglesia,
— conserva a tus fieles en la doctrina que ellos enseñaron. **R.**

Tú que has dado a los mártires la fortaleza del testimonio, hasta derramar su sangre,
— haz de los cristianos testigos fieles de tu Hijo. **R.**

Tú que has dado a las santas vírgenes el don insigne de imitar a Cristo virgen,
— haz que reconozcan la virginidad a ti consagrada como una señal particular de los bienes celestiales. **R.**

Tú que manifiestas en todos los santos tu presencia, tu rostro y tu palabra,
— otorga a tus fieles sentirse más cerca de ti por su imitación. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1136. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Reunidos desde diversos lugares por la fuerza de un solo Espíritu, y llamados todos a una misma santidad, invoquemos suplicantes al único Dios Padre.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1137. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Proclamamos tu grandeza, Señor, porque sólo tú eres santo; compadecido de nosotros, enviaste al mundo a tu Hijo, Jesucristo, el que inicia y completa toda santidad. Él envió sobre la Iglesia naciente el Espíritu Santo Defensor, voz que enseña los secretos de la santidad, brisa que inspira fortaleza y suavidad, fuego que enciende en amor los corazones de los fieles, semilla divina que produce abundantes frutos de gracia.

Te glorificamos hoy, Señor, porque llenaste con los dones del Espíritu a san **N.**, en cuya veneración tus servidores han hecho modelar esta imagen.

Haz, Señor, que ellos, siguiendo las huellas de tu Hijo, y considerando los ejemplos de san **N.**, lleguen al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Que con su palabra y su ejemplo proclamen el Evangelio, dispuestos sin miedo a derramar su sangre por él; que carguen cada día con la cruz de Cristo y se entreguen totalmente a tu servicio y al de los hermanos; que cumplan sus deberes como ciudadanos de este mundo, llenándolo del Espíritu de Cristo, con la mirada puesta en la mansión celestial, donde tú, Padre, los recibas un día para reinar con tu Hijo.

Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1138. O bien:

Oh, Dios, fuente de toda gracia y santidad, míranos con bondad a nosotros, tus servidores, que hemos dispuesto esta imagen de san **N.**, y haz que experimentemos la intercesión de este santo, el cual, convertido en amigo y coheredero de Cristo, resplandece como testigo de vida evangélica y como egregio intercesor ante ti.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1139. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, pone incienso e incienso la imagen, mientras se canta un salmo o un himno que guarden relación con el santo cuya imagen se bendice, o una de las siguientes antífonas:

Alabad a nuestro Dios, todos sus santos y los que teméis a Dios, pequeños y grandes, porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios todopoderoso. Con alegría y regocijo démosle gloria.

O bien:

El pueblo cuenta la sabiduría de los santos, la asamblea pregonar su alabanza.

Conclusión del rito

1140. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él, diciendo:

Dios, gloria y felicidad de los santos, que os ha concedido gozar de su patrocinio, os otorgue sus bendiciones eternas.

R. Amén.

Que por intercesión de los santos os veáis libres de todo mal, y, alentados por el ejemplo de su vida, perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.

R. Amén.

Y que Dios os conceda reuniros con los santos en la felicidad del reino, donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos entre los moradores de la Jerusalén celeste.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1141. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXXIII. BENDICIÓN DE UNA CAMPANA

1142. Existe la antigua costumbre de convocar al pueblo cristiano para la asamblea litúrgica y advertirle de los principales acontecimientos de la comunidad local por medio de algún signo o sonido. Tal es la misión específica de las campanas. Efectivamente, el tañer de la campana es, de alguna manera, la expresión de los sentimientos del pueblo de Dios, cuando este pueblo exulta o llora, da gracias o suplica, se congrega y pone de manifiesto el misterio de su unidad en Cristo.

1143. Por la íntima relación que guardan las campanas con la vida de la comunidad cristiana, arraigó la costumbre —que ha ido prevaleciendo y se ha querido conservar— de bendecirlas antes de colocarlas en el campanario.

1144. Conviene colgar o colocar la campana que se va a bendecir en el lugar designado de antemano, de manera que se pueda cómodamente, si se da el caso, dar la vuelta a su alrededor y hacerla sonar.

1145. Según las circunstancias del momento y del lugar, la campana se bendice en día festivo fuera de la iglesia o también dentro de ella, con el rito descrito en los núms. 1147-1161. Si se estima oportuno bendecirla dentro de la Misa, la bendición tiene lugar después de la homilía, a tenor de lo que se dice en el núm. 1162.

1146. Este rito puede utilizarlo el presbítero, el cual, respetando su estructura y los elementos principales de que consta, puede adaptar cada una de sus partes para que la celebración se ajuste mejor a las circunstancias del lugar y de las personas. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se introducirán las oportunas adaptaciones.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1147. Reunida la comunidad, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1148. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, que nos convoca a una misma Iglesia, y la comunión del Espíritu Santo, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1149. Luego el celebrante exhorta brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Éste es para nosotros un día de gran alegría, porque esta iglesia desde hoy tiene una nueva campana, hecho que nos da la ocasión de bendecir a Dios con esta celebración. Las campanas están en cierto modo relacionadas con la vida del pueblo de Dios: su toque, en efecto, nos señala los momentos de la oración, reúne al pueblo para las celebraciones litúrgicas, advierte a los fieles cuando se produce algún suceso importante que es motivo de alegría o de tristeza para esta parte de la Iglesia (para esta población) o para cualquiera de los fieles. Asistamos, pues, con devoción a estos ritos, para que siempre que oigamos la voz de la campana nos acordemos de que formamos todos una misma familia, y, obedientes a su voz, nos reunamos todos, como signo visible de nuestra unidad en Cristo.

Lectura de la Palabra de Dios

1150. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura, seleccionado entre los que a continuación se proponen:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos: *Mc 16, 14-16. 20: Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación*

Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo:

—«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado.» Ellos fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Palabra del Señor.

1151. Pueden también leerse: Nm 10, 1-8. 10; ICro 15, 11-12. 25-28; 16, 1-2; Is 40, 1-5. 9-11; Hch 2, 36-39. 41-42; Mt 3, 1-11; Mc 1, 1-8.

1152. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 28 (29), 1-2. 3 y 5. 7-9. 10-11 (**R.:** 4)

R. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica.

Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado. **R.**

La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
La voz del Señor descuaja los cedros,
el Señor descuaja los cedros del Líbano. **R.**

La voz del Señor lanza llamas de fuego,
la voz del Señor sacude el desierto,
el Señor sacude el desierto de Cadés.
La voz del Señor retuerce los robles,
el Señor descortezas las selvas.
En su templo un grito unánime: «¡Gloria!» **R.**

El Señor se sienta por encima del aguacero,
el Señor se sienta como rey eterno.
El Señor da fuerza a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz. **R.**

1153. O bien: Sal 150, 1-2. 3-4. 5

R. (2b) Alabad al Señor por su inmensa grandeza.

1154. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban el significado de la celebración y la finalidad de la campana.

Preces

1155. Sigue, según las circunstancias, la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Unidos en una sola voz, presentemos nuestras peticiones a Dios Padre, que quiere hermanar en su Iglesia a todos los pueblos, y digámosle:

R. Reúne en tu Iglesia a todas las naciones.

Señor y Dios nuestro, que siempre nos llamas a la unidad, para que, animados por un mismo Espíritu, recorramos el único camino de salvación. **R.**

Señor y Dios nuestro, que quieres que nosotros, tu pueblo, seamos una señal cada vez más cierta de tu presencia entre los hombres. **R.**

Señor y Dios nuestro, que nos enseñas a participar de las penas y alegrías de los hermanos, para que nuestra caridad sea más verdadera. **R.**

Señor y Dios nuestro, que hoy llenas de alegría espiritual nuestra asamblea, para que enseñe a los hermanos el mensaje de la salvación. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1156. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Con nuestra oración, reforcemos ahora las alabanzas y peticiones dirigidas al Padre, que nos ha reunido en este lugar.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1157. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, porque enviaste tu Hijo al mundo, para que, con la efusión de su Sangre, reuniera a los hombres, que el pecado había dispersado, y los juntara a todos en un solo redil, a fin de que él, como único Pastor, los guiara e instruyera. Te pedimos ahora, Señor, que, al oír la invitación de la campana, tus fieles acudan a la iglesia con prontitud y alegría, y que, manteniéndose constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la concordia fraterna, en la fracción del pan y en la oración, tengan un mismo pensar y un mismo sentir, para alabanza de tu gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1158. O bien:

Oh, Dios, cuya voz, ya en los orígenes del mundo, resonó en los oídos del hombre, invitándolo a la participación de la vida divina, enseñándole cosas inefables y saludables; oh, Dios, que ordenaste a Moisés, tu servidor, que empleara unas trompetas de plata para reunir al pueblo; oh, Dios, que permites a tu Iglesia utilizar campanas de bronce, que inviten a tu pueblo a la oración, bendice ☩ esta nueva campana y haz que todos tus hijos, al oír su voz, eleven a ti sus corazones y, compartiendo las alegrías y las penas de los hermanos, vayan con prontitud a la iglesia, donde sientan a Cristo presente, escuchen tu palabra y te expongan tus deseos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1159. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, rocía la campana con agua bendita, pone incienso y la inciensa, mientras se canta la antífona:

R. Cantad al Señor y bendecid su Nombre. Aleluya.

Con el salmo 149, u otro canto adecuado.

Salmo 149, 1-5

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey. **R.**

Alabad su Nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes. **R.**

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas. **R.**

Conclusión del rito

1160. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre los fieles, diciendo:

Dios, que de muchas naciones congrega una sola Iglesia, os bendiga con su clemencia a los que habéis acudido con prontitud para la bendición de esta nueva campana.

R. Amén.

Él os conceda misericordioso que, al ser convocados en la iglesia por el solemne toque de esta campana, escuchéis atentamente su Palabra.

R. Amén.

Y, así, superada toda división entre hermanos, y amándoos unos a otros con sinceridad, celebréis hermanados los Sagrados Misterios.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1161. Si se estima oportuno, el celebrante y los fieles hacen sonar la campana bendecida, en señal de alegría. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

1162. Si la bendición de la campana se hace dentro de la Misa (cf. supra, núm. 1145), debe tenerse en cuenta lo siguiente:

- se dice la Misa del día;
- las lecturas*, salvo en las solemnidades, fiestas y domingos, *pueden tomarse de la Misa del día o de las que se proponen en los núms. 1150-1153;*
- la bendición de la campana se hace después de la homilía, siguiendo el rito descrito en los núms. 1155-1158.*

Capítulo XXXIV. BENDICIÓN DE UN ÓRGANO

1163. En la celebración de los divinos oficios, la música sagrada cumple un papel relevante; en la Iglesia latina el órgano ocupa un lugar honorífico, ya que, tanto cuando acompaña el canto como cuando toca solo, aumenta el esplendor de las ceremonias religiosas, es como un complemento de la alabanza divina, favorece la oración de los fieles y eleva su espíritu hacia Dios. Por la íntima relación que tiene el órgano con la música y el canto en las acciones litúrgicas y los piadosos ejercicios del pueblo cristiano, es conveniente que se bendiga antes de destinarlo al uso litúrgico.

1164. Este rito puede usarlo el presbítero, el cual, respetando su estructura y elementos principales, puede adaptar algunos de estos elementos para que la celebración se ajuste mejor a las circunstancias del lugar y de las personas. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1165. La bendición del órgano puede hacerse cualquier día, excepto en los tiempos en que el derecho restringe su uso.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1166. Reunida la comunidad, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1167. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

El amor de Dios Padre, la paz de nuestro Señor Jesucristo y el consuelo del Espíritu Santo estén siempre con vosotros.

O bien:

El Señor, a quien los santos alaban sin cesar, esté siempre con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1168. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para bendecir un nuevo órgano, gracias al cual la celebración de la liturgia será más bella y solemne. El arte musical, cuando se usa en los ritos sagrados, tiene por fin principal la glorificación de Dios y la santificación de los hombres, y por eso el sonido del órgano se convierte en un signo eminente del cántico nuevo que se nos manda cantar a Dios; cantamos de verdad el cántico nuevo cuando nos comportamos rectamente, cuando nos adherimos de corazón y con alegría a la voluntad de Dios, cuando nos amamos los unos a los otros y cumplimos así el mandamiento nuevo.

Lectura de la Palabra de Dios

1169. Luego, el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura de los que se proponen a continuación:

Col 3, 12-17: Cantad a Dios, dándole gracias de corazón

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Colosenses.

Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión.

Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y, por

encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; en ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Palabra de Dios.

1170. Pueden también leerse: Nm 10, 1-10; lCro 15, 3. 16. 19-21. 25;

2Cro 5, 2-5a. 11-14; Ef 5, 15-20; Le 1, 39-47; Le 10, 21-22.

1171. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 46 (47), 2-3. 7-8 (R.: cf. 6)

R. Tocad para Dios entre aclamaciones y al son de trompetas.

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra. **R.**

Tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro Rey, tocad.
Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría. **R.**

1172. O bien:

Sal 97 (98), 1. 2-3. 4-6

R. (cf. 5 y 6) Aclamad y tocad para el Señor.

1173. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban el significado de la celebración y la finalidad del órgano.

Preces

1174. Sigue, según las circunstancias, la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Llenos de alegría, queridos hermanos, proclamemos la grandeza de Dios todopoderoso, por los incontables bienes con que su bondad nos colma, y, como nos enseña el Apóstol, démosle gracias, cantando sus alabanzas con el corazón y con la boca:

R. Gloria a ti, Señor.

Padre santo, rey del cielo y de la tierra, fuente de toda perfección y constante inspirador de toda armonía santa, te alabamos por tu inmensa gloria. **R.**

Señor Jesucristo, reflejo de la gloria del Padre, que, hecho hombre, viniste a los hombres, para quitar el pecado del mundo y enriquecer con tu gracia a los hermanos redimidos, te glorificamos por tu gran misericordia. **R.**

Espíritu Santo Dios, que habitas en el corazón de los hombres y los edificas para formar un solo cuerpo, te ensalzamos por tu invisible presencia en la Iglesia. **R.**

Santa Trinidad un solo Dios, principio y fin de todas las cosas, a quien el cielo y la tierra cantan un cántico nuevo, te adoramos por tu insondable felicidad. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1175. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando el auxilio divino:

Conscientes de que somos miembros de la santa Iglesia, invoquemos ahora, a una sola voz y con un solo corazón, a Dios, nuestro Padre.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1176. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Dios y Señor nuestro, que eres la belleza siempre antigua y siempre nueva, cuya sabiduría gobierna el mundo y cuya bondad adorna el universo; los coros de los ángeles te alaban, obedientes siempre a tus mandatos; todos los astros del cielo te cantan, observando, en su continuo movimiento, las leyes que tú les has impuesto; todos los redimidos, a una sola voz, proclaman tu santidad, y con el corazón, con sus labios y con su vida te aclaman, llenos de alegría. También nosotros, tu pueblo santo, reunidos en este lugar con ánimo festivo, ansiamos unir nuestras voces al concierto universal de la creación, y, a fin de que nuestro himno de alabanza suba más dignamente hasta tu majestad, te presentamos este órgano para que lo bendigas y para que, con su ayuda, unamos armónicamente nuestras voces al cantar tus alabanzas y presentarte nuestros deseos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1177. Luego el celebrante pone incienso e inciensa el órgano; mientras, éste se hace sonar por primera vez.

Conclusión del rito

1178. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre los fieles, diciendo:

El Señor, digno de toda alabanza, os conceda, a los que en la tierra procuráis cantarle con la boca, el corazón y la vida, que podáis un día cantar eternamente el cántico nuevo en el cielo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1179. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXXV. BENDICIÓN DE OBJETOS QUE SE USAN EN LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

1180. Entre las cosas pertenecientes al culto, las hay que por su naturaleza merecen una atención especial. Por eso es aconsejable bendecirlas antes de empezar a hacer uso de ellas.

1181. El cáliz y la patena se bendicen según el rito descrito en el Pontifical Romano. Por razones de utilidad práctica, dicho rito se incluye también en este capítulo.

1182. Conviene asimismo bendecir el copón o píxide, la custodia, los ornamentos sagrados, así como los lienzos, es decir, los corporales y los manteles, que normalmente se usan en las celebraciones litúrgicas.

1183. Los objetos que se han de bendecir para los oficios litúrgicos deben responder a las normas establecidas por la autoridad legítima; o sea, que han de ser bellos y confeccionados con exquisita elegancia, aunque evitando siempre la mera suntuosidad.

1184. Es recomendable bendecir varios objetos con un solo rito, ya sea dentro de la Misa ya sea en alguna celebración en la que los fieles participen oportunamente. Si se trata de bendecir un solo objeto, puede entonces emplearse el Rito breve fuera de la Misa.

1185. El Rito breve fuera de la Misa puede utilizarlo también el diácono.

I. BENDICIÓN DEL CÁLIZ Y DE LA PATENA

1186. El cáliz y la patena, en los cuales se ofrecen, se consagran y se reciben el vino y el pan, por estar destinados de manera exclusiva y estable a la celebración de la Eucaristía, llegan a ser «vasos sagrados».

1187. El propósito de reservar estos vasos únicamente para la Eucaristía se manifiesta ante la comunidad de los fieles mediante una bendición especial que es aconsejable hacer dentro de la Misa.

1188. Cualquier sacerdote puede bendecir el cáliz y la patena con tal de que estén fabricados según las normas indicadas en los núms. 290-295 de la Ordenación general del Misal romano.

1189. Si sólo se bendice el cáliz o sólo la patena se adaptarán los textos.

A. RITO DE LA BENDICIÓN DENTRO DE LA MISA

1190. En la Liturgia de la Palabra, salvo en los días inscritos en los números 1-9 de la Lista de días litúrgicos, puede leerse una o dos lecturas de los textos propuestos a continuación:

PRIMERA LECTURA

1191. El lector, uno de los presentes o el mismo sacerdote lee un texto de la Sagrada Escritura:

I Co 10, 14-22: *El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la Sangre de Cristo?*

Amigos míos: No tengáis que ver con la idolatría. Os hablo como a gente sensata, formaos vuestro juicio sobre lo que digo. El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan. Considerad al Israel según la carne: los que comen de las víctimas se unen al altar, ¿qué quiero decir? ¿Que las víctimas son algo o que los ídolos son algo? No, sino que los gentiles ofrecen sus sacrificios a los demonios, no a Dios, y no quiero que os unáis a los demonios. No podéis beber de los dos cálices, del cáliz del Señor y del de los demonios. No podéis participar de las dos mesas, de la del Señor y de la de los demonios. ¿Vamos a provocar al Señor? ¿Es que somos más fuertes que él?

Palabra de Dios.

1192. Puede también leerse: I Co 11, 23-26.

SALMO RESPONSORIAL

1193. A continuación se dice o se canta un salmo responsorial.

Sal 22 (23), 1-3a. 3b-4. 5. 6 (R.: 5a. d)

R. Preparas una mesa ante mí, y mi copa rebosa.

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar; **R.**

me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre. **R.**

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. **R.**

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. **R.**

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. **R.**

1194. O bien:

Sal 15 (16), 5 y 8. 9-10. 11

R. (5a) El Señor es el lote de mi heredad y mi copa.

EVANGELIO

1195. *Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron*

Lectura del santo Evangelio según san Marcos **14, 12-16. 22-26**

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

—«¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

Él envió a dos discípulos, diciéndoles:

—«Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?"

Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:

—«Tomad, esto es mi cuerpo.»

Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo:

—«Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.»

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

Palabra del Señor.

1196. O bien:

Mt. 20, 20-28: Mi cáliz lo beberéis.

En aquel tiempo, se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos...

1197. Después de la lectura de la palabra de Dios, el sacerdote hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el sentido de la bendición del cáliz y de la patena que se usan en la celebración de la Cena del Señor.

1198. Terminada la oración de los fieles, los ministros, o los delegados de la comunidad que ofrece el cáliz y la patena, los colocan sobre el altar. . Luego, el sacerdote se dirige al altar. Mientras tanto, se canta la antífona siguiente u otro canto adecuado:

Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor.

1199. Terminado el canto, el sacerdote dice:

Oremos.

Todos oran, por unos instantes, en silencio. Luego, el sacerdote dice:

Sobre tu altar, Señor Dios, colocamos, alegres, este cáliz y esta patena, para celebrar el Sacrificio de la nueva alianza; que el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, que en ellos se ofrecen y se reciben, santifiquen estos vasos. Concédenos, Señor Dios nuestro, que, al celebrar el Sacrificio de

tu Hijo, nos fortalezcamos con tus sacramentos y seamos penetrados por tu Espíritu, hasta que podamos gozar con tus santos del banquete del reino celestial. A ti la gloria y el honor, Señor Dios nuestro.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

1200. Luego, los ministros extienden el corporal sobre el altar. Algunos fieles traen el pan, el vino y el agua para la Eucaristía. El sacerdote coloca los dones sobre la patena y el cáliz recién bendecidos, y los presenta como de costumbre. Mientras tanto, se canta la antífona siguiente:

R. Alzaré la copa de la salvación, y te ofreceré un sacrificio de alabanza.

Con el salmo 115 (116), u otro canto adecuado:

Salmo 115 (116)

Tenía fe, aun cuando dije:

«¡Qué desgraciado soy!»

Yo decía en mi apuro:

«Los hombres son unos mentirosos.» **R.**

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo. **R.**

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu servidor,
servidor tuyo, hijo de tu esclava;
rompiste mis cadenas. **R.**

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén. **R.**

1201. Después de la oración de bendición: *In spíritu humilitatis*, conviene que el sacerdote inciense los dones y el altar. Conviene que también los fieles reciban la Sangre de Cristo del cáliz recién bendecido, si las circunstancias lo permiten.

B. RITO DE LA BENDICIÓN FUERA DE LA MISA

1202. Reunido el pueblo, el sacerdote, revestido de alba o sobrepelliz y con estola, se dirige a la sede. Mientras, se puede cantar la antifona siguiente u otro canto adecuado:

Alzaré la copa de la salvación, y te ofreceré un sacrificio de alabanza.

Con el salmo 115 (116), como en el formulario anterior u otro canto adecuado.

1203. El sacerdote saluda al pueblo con estas palabras u otras tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que ofreció su Cuerpo y su Sangre por nuestra salvación, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

El pueblo contesta:

Y con tu espíritu.

O bien, otras palabras adecuadas.

1204. Luego, el sacerdote habla brevemente a los fieles a fin de prepararlos para la celebración e ilustrar sobre el sentido de la misma.

1205. Después, se lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, seleccionados de preferencia entre los propuestos anteriormente (núms. 1191-1196) intercalando un salmo responsorial apropiado, o un espacio de silencio.

1206. Después de la lectura de la Palabra de Dios, el sacerdote hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el sentido de la bendición del cáliz y de la patena que se usan en la celebración de la Cena del Señor.

1207. Terminada la homilía, los ministros, o los delegados de la comunidad que ofrece el cáliz y la patena, los colocan sobre el altar. Luego, el sacerdote se dirige al altar. Mientras, se puede cantar la antifona siguiente u otro canto adecuado:

Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor.

1208. Entonces, el sacerdote dice:

Oremos.

Todos oran, por unos instantes, en silencio. Luego, el sacerdote continúa:

Dirige, Padre, tu mirada bondadosa sobre estos hijos tuyos que han colocado sobre tu altar, llenos de gozo, este cáliz y esta patena; santifica con tu bendición ✠ estos recipientes, ya que tu pueblo, con unánime consenso, ha determinado destinarlos a la celebración del Sacrificio de la nueva alianza. Haz también que nosotros que, al celebrar los sagrados Misterios, nos fortalecemos con tus sacramentos, seamos penetrados de tu Espíritu, hasta que podamos gozar con tus santos del banquete del reino celestial. A ti la gloria y el honor, Señor Dios nuestro.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

1209. Después, se hace la oración de los fieles, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa o bien en la forma que aquí se propone.

Invoquemos a Jesús, el Señor, que se entrega sin cesar a la Iglesia como Pan de vida y Copa de la salvación, y digámosle confiadamente:

R. Cristo, Pan celestial, danos la vida eterna.

Salvador nuestro, que sometiéndote a la voluntad del Padre, bebiste, por nuestra salvación, el cáliz de la pasión,
— concédenos que, uniéndonos al misterio de tu muerte, alcancemos el reino de los cielos. **R.**

Sacerdote del Altísimo, que estás presente, aunque oculto, en el Sacramento del altar,
— haz que los ojos de nuestra fe vean lo que se esconde a nuestra mirada corporal. **R.**

Buen Pastor, que te das a los discípulos como comida y bebida,
— haz que, saciándonos de ti, en ti nos transformemos. **R.**

Cordero de Dios, que mandaste a la Iglesia celebrar el misterio pascual
con los signos del pan y el vino,
— haz que el memorial de tu muerte y resurrección sea para todos los
creyentes fuente y culminación de toda su vida espiritual. **R.**

Hijo de Dios, que con el Pan de vida y la Bebida de salvación sacias de
modo admirable el hambre y sed de ti,
— haz que en el misterio de la Eucaristía nos llenemos de caridad hacia
ti y hacia todos los hombres. **R.**

1210. Luego, el sacerdote puede introducir la oración del Señor con estas palabras u otras
semejantes:

Como culminación de nuestras peticiones, digamos ahora la oración de
Cristo mismo, el cual, clavado en la cruz, fue mediador de nuestra
salvación y, por su obediencia perfecta a la voluntad del Padre, fue
Maestro excelente de oración.

Todos recitan la oración del Señor.

El sacerdote añade a continuación:

Señor Dios, que por la muerte y resurrección de tu Hijo redimiste a
todos los hombres, conserva en nosotros la obra de tu amor, para que,
venerando constantemente el misterio de Cristo, consigamos el fruto de
nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor. **r.**

R. Amén.

1211. Finalmente, el sacerdote bendice al pueblo en la forma acostumbrada y lo despide,
diciendo:

Podéis ir en paz.

Todos:

Demos gracias a Dios.

II. BENDICIÓN DE OTROS OBJETOS QUE SE USAN EN LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

A. RITO DE LA BENDICIÓN DENTRO DE LA MISA

1212. A fin de promover la índole didáctica de la celebración y de acomodar los ritos a la capacidad de los fieles, puede preverse, si se juzga oportuno, el uso de los objetos bendecidos, en la misma celebración de la Misa. Así, las vestiduras que ha de usar el sacerdote en la celebración de la Misa, y los manteles que han de cubrir el altar pueden bendecirse antes de los ritos iniciales, en presencia del pueblo.

1213. De no hacerlo así, después de la lectura de la Palabra de Dios se hace la homilía. En ella el sacerdote explica las lecturas bíblicas y el significado de la celebración.

1214. Terminada la oración universal, los ministros o unos representantes de la comunidad que ofrece los objetos que se van a bendecir, los llevan ante el celebrante.

1215. El celebrante dispone a los presentes para la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: Los objetos que ahora han sido traídos aquí, reciben una bendición especial, para significar con ello que se destinan de modo exclusivo al culto divino. Pidamos al Señor que nos bendiga también a nosotros, y así, él, que es Santo, nos haga también a nosotros santos y dignos de celebrar los sagrados misterios con piedad y devoción.

Oración de bendición

1216. Luego el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Después el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Bendito seas, oh, Dios, que por tu Hijo, Mediador del nuevo Testamento, aceptas complacido nuestra alabanza y nos otorgas copiosamente tus dones; te pedimos que nos concedas que estos objetos, dedicados a la celebración del culto divino, y que son signo de nuestra piedad, ayuden a aumentar nuestra devoción. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1217. O bien, para las vestiduras litúrgicas:

Bendito seas, oh, Dios, que estableciste a tu Hijo único Sumo y Eterno Sacerdote del nuevo Testamento, y escogiste a unos hombres para que fueran administradores de tus misterios; te pedimos que hagas que tus ministros usen con reverencia y dignifiquen con su conducta estas vestiduras, destinadas a las celebraciones sagradas y santificadas por tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

B. RITO BREVE

1218. Reunidos los fieles, el celebrante empieza, diciendo:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

O bien:

El Señor esté con vosotros.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

1219. El celebrante, según las circunstancias, dispone a los presentes para la celebración de la bendición.

1220. Uno de los presentes, o el mismo celebrante, lee algún texto de la Sagrada Escritura:

Rm 12, 1: Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable.

Ga 3, 26-27: Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo.

Hch 2, 42: Los discípulos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

Jn 4, 23: Se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así.

1221. Luego el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Después el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Bendito seas, oh, Dios, que por tu Hijo, Mediador del nuevo Testamento, aceptas complacido nuestra alabanza y nos otorgas copiosamente tus dones; te pedimos que nos concedas que estos objetos (o bien, por ejemplo, esta píxide / esta custodia / estos lienzos / estos manteles), dedicados (dedicado) a la celebración del culto divino, y que son (es) signo de nuestra piedad, ayuden (ayude) a aumentar nuestra devoción. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1222. O bien, para las vestiduras litúrgicas:

Bendito seas, oh, Dios, que estableciste a tu Hijo único Sumo y Eterno Sacerdote del nuevo Testamento, y escogiste a unos hombres para que fueran administradores de tus misterios; te pedimos que hagas que tus ministros usen con reverencia y dignifiquen con su conducta estas vestiduras, destinadas a las celebraciones sagradas y santificadas por tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Capítulo XXXVI. BENDICIÓN DEL AGUA FUERA DE LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

1223. Un elemento que gozó siempre de gran veneración en la Iglesia y constituye uno de los signos que con frecuencia usa para bendecir a los fieles es el agua. El agua ritualmente bendecida evoca en los fieles el recuerdo de Cristo, que representó para nosotros la culminación de las bendiciones divinas. Él, en efecto, que se dio a sí mismo el apelativo de «agua viva», instituyó para nosotros el bautismo, sacramento del agua, como signo de bendición salvadora.

1224. La bendición y aspersión del agua se hace normalmente el domingo, según el rito descrito en el Misal romano (31).

1225. Cuando la bendición del agua tiene lugar fuera de la celebración de la Misa, el sacerdote o el diácono usarán el formulario que aquí se propone, de modo que, respetando su estructura y los elementos principales, adapten la celebración a las circunstancias del momento.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1226. El celebrante empieza, diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1227. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que del agua y del Espíritu Santo, nos ha hecho nacer de nuevo en Cristo, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1228. El celebrante, según las circunstancias, dispone a los presentes para la celebración de la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Con esta bendición del agua, recordamos a Cristo, agua viva, así como el sacramento del bautismo, en el cual nacimos de nuevo del agua y del Espíritu Santo. Siempre, pues, que seamos rociados con esta agua o que nos santiguemos con ella al entrar en la iglesia o dentro de nuestras casas, daremos gracias a Dios por su don inexplicable, y pediremos su ayuda para vivir siempre de acuerdo con las exigencias del bautismo, sacramento de la fe, que un día recibimos.

Lectura de la Palabra de Dios

1229. Luego uno de los presentes, o el mismo celebrante, hace una breve lectura de la sagrada Escritura.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan. Jn 7, 37-39: *El que tenga sed, que venga a mí*

El último día, el más solemne de las fiestas, Jesús, en pie, gritaba: —«El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva.» Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él.

Palabra del Señor.

1230. Pueden también leerse: Is 12, 1-6; Is 55, 1-11; Si 15, 1-6; Jn 5, 1-6; Ap 7, 13-17; Ap 22, 1-5; Jn 13, 3-15.

Oración de bendición

1231. Luego el celebrante dice:

Oremos.

Después de una breve pausa de silencio, el celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Bendito seas, Señor, Dios todopoderoso, que te has dignado bendecirnos y transformarnos interiormente en Cristo, agua viva de nuestra salvación; haz, te pedimos, que los que nos protegemos con la aspersión o el uso de esta agua sintamos, por la fuerza del Espíritu Santo, renovada la juventud de nuestra alma y andemos siempre en una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1232. O bien:

Señor, Padre santo, dirige tu mirada sobre nosotros, que, redimidos por tu Hijo, hemos nacido de nuevo del agua y del Espíritu Santo en la fuente bautismal; concédenos, te pedimos, que todos los que reciban la aspersión de esta agua queden renovados en el cuerpo y en el alma y te sirvan con limpieza de vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1233. O bien el celebrante dice:

Oh, Dios, creador de todas las cosas, que por el agua y el Espíritu diste forma y figura al hombre y al universo.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

Oh, Cristo, que de tu costado abierto en la cruz hiciste manar los sacramentos de salvación.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

Oh, Espíritu Santo, que, del seno bautismal de la Iglesia, nos haces renacer como nuevas criaturas.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

1234. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con el agua bendecida a los presentes, diciendo, según las circunstancias:

Que esta agua nos recuerde nuestro bautismo en Cristo, que nos redimió con su muerte y resurrección.

R. Amén.

Mientras, se entona un canto adecuado.

Capítulo XXXVII. BENDICIÓN DE LA CORONA DE ADVIENTO

1235. La «Corona de Adviento» o «Corona de las luces de Adviento» es un signo que expresa la alegría del tiempo de preparación a la Navidad. Por medio de la bendición de la corona se subraya su significado religioso.

1236. La luz indica el camino, aleja el miedo y favorece la comunión. La luz es un símbolo de Jesucristo, luz del mundo. El encender, semana tras semana, los cuatro cirios de la corona muestra la ascensión gradual hacia la plenitud de la luz de Navidad. El color verde de la corona significa la vida y la esperanza.

1237. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de la esperanza de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y la muerte. Porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre por nosotros, y con su muerte nos ha dado la verdadera vida.

I. RITO DE LA BENDICIÓN EN LA FAMILIA

1238. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:
Que hizo el cielo y la tierra.

Monición introductoria

Al comenzar el nuevo año litúrgico vamos a bendecir esta corona con que inauguramos también el tiempo de Adviento. Sus luces nos recuerdan que Jesucristo es la luz del mundo. Su color verde significa la vida y la esperanza. El encender, semana tras semana, los cuatro cirios de la corona debe significar nuestra gradual preparación para recibir la luz de la Navidad.

1239. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la sagrada Escritura, por ejemplo: Is 60, 1: *¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!*

1240. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oremos.

La tierra, Señor, se alegra en estos días, y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo, el Señor, que se avecina como luz esplendorosa, para iluminar a los que yacemos en las tinieblas de la ignorancia, del dolor y del pecado. Lleno de esperanza en su venida, tu pueblo ha preparado esta corona con ramos del bosque y la ha adornado con luces. Ahora, pues, que vamos a empezar el tiempo de preparación para la venida de tu Hijo, te pedimos, Señor, que, mientras se acrecienta cada día el esplendor de esta corona, con nuevas luces, a nosotros nos ilumines con el esplendor de aquel que, por ser la luz del mundo, iluminará todas las oscuridades. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Y se enciende el cirio que corresponda según la semana de Adviento.

II. RITO DE LA BENDICIÓN EN LA IGLESIA

1241. La «Corona de Adviento», que se ha instalado en la iglesia, se puede bendecir al comienzo de la Misa. La bendición se hará después del saludo inicial, en lugar del acto penitencial.

Monición introductoria

Hermanos: Al comenzar el nuevo año litúrgico vamos a bendecir esta corona con que inauguramos también el tiempo de Adviento. Sus luces nos recuerdan que Jesucristo es la luz del mundo. Su color verde significa la vida y la esperanza. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y la muerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha dado la verdadera vida. El encender, semana tras semana, los cuatro cirios de la corona debe significar nuestra gradual preparación para recibir la luz de la

Navidad. Por eso hoy, primer domingo de Adviento, bendecimos esta corona y encendemos su primer cirio.

1242. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición: (Cf. supra, 1240).

Y se enciende el cirio que corresponda según la semana del Adviento.

Capítulo XXXVIII. BENDICIÓN DEL BELÉN NAVIDEÑO

1243. Es laudable la costumbre de instalar en las casas y en las iglesias un «belén» o «nacimiento», que recuerda y ayuda a vivir el misterio de la Navidad.

1244. Para dar más sentido religioso o para significar su inauguración puede hacerse un rito de bendición, que signifique el comienzo de las solemnes fiestas navideñas. Este rito es introductorio de los misterios que se celebran en la Liturgia.

1245. Si se trata de un «belén» colocado en la iglesia, la bendición puede hacerse antes o después de alguna de las celebraciones con que comienzan las fiestas de Navidad (al final de las vísperas o al final de la Misa de la Noche). También puede hacerse la bendición como una celebración independiente en la tarde del 24 de diciembre.

I. BENDICIÓN DEL BELÉN FAMILIAR

Rito de la bendición

Ritos iniciales

1246. Reunida la familia, el padre o la madre de la misma dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

El que dirige la celebración puede decir:

Alabemos y demos gracias al Señor, que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

1247. Luego el que dirige la celebración dispone a los presentes para la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Durante estos días contemplaremos asiduamente en nuestro hogar este pesebre y meditaremos el gran amor del Hijo de Dios, que ha querido habitar con nosotros. Pidamos, pues, a Dios que el pesebre colocado en nuestro hogar avive en nosotros la fe cristiana y nos ayude a celebrar más intensamente estas fiestas de Navidad.

1248. Uno de los miembros de la familia lee un texto de la Sagrada Escritura.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas: *Lc 2, 4-7a: María dio a luz a su hijo primogénito*

En aquellos días, José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de-Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre.

Palabra del Señor.

1249. Después de la lectura, según las circunstancias, puede cantarse un canto adecuado.

Preces

1250. Sigue la plegaria común:

En este momento en que nos hemos reunido toda la familia para iniciar las fiestas de Navidad, dirijamos nuestra oración a Cristo, Hijo de Dios vivo, que quiso ser también hijo de una familia humana; digámosle: Por tu Nacimiento, Señor, protege a esta familia.

Oh, Cristo, por el misterio de tu sumisión a María y a José enséñanos el respeto y la obediencia a quienes dirigen esta familia.

Tú que amaste y fuiste amado por tus padres, afianza a nuestra familia en el amor y la concordia.

Tú que estuviste siempre atento a las cosas de tu Padre, haz que en nuestra familia Dios sea honorificado.

Tú que has dado parte de tu gloria a María y a José, admite a nuestros familiares, que otros años celebraban las fiestas de Navidad con nosotros, en tu familia eterna.

Oración de bendición

1251. Luego el ministro, con las manos juntas, dice:

Señor Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos entregaste a tu Hijo único
nacido de María la Virgen, dignate bendecir ✠ este nacimiento
y a la comunidad cristiana que está aquí presente
para que las imágenes de este Belén
ayuden a profundizar en la fe
a los adultos y a los niños.
Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

O bien:

Oh, Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos has entregado a tu único Hijo Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y llevarnos de nuevo a ti,
te pedimos que con tu bendición ✠
estas imágenes del nacimiento
nos ayuden a celebrar la Navidad con alegría

y a ver a Cristo presente
en todos los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en el nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

1252. El que dirige la celebración concluye el rito, santiguándose y diciendo:

Cristo, el Señor, que se ha aparecido en la tierra y ha querido convivir con los hombres nos bendiga y nos guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

II. BENDICIÓN DEL BELÉN EN UNA IGLESIA

A. Rito de la bendición fuera de la Misa o de las I Vísperas de Navidad:

Ritos iniciales

1253. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto navideño. Terminado el canto, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1254. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1255. Si el ministro es laico, saluda a los presentes diciendo:

Hermanos, alabemos y demos gracias al Señor, que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

1256. El ministro dispone a los presentes para la bendición con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos: La imagen de Jesús en el pesebre nos ayudará a recordar los misterios que celebramos estos días en la liturgia.

Pidamos, pues, a Dios Padre, que la contemplación de este Belén o nacimiento avive nuestra fe en su Hijo, que se ha hecho hombre para hacernos partícipes de su vida.

1257. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas. *Lc 2, 4-7a: Dio a luz a su hijo y lo acostó en un pesebre*

En aquellos días, José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre.

Palabra del Señor.

1258. El que preside, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicando la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado del pesebre colocado en la iglesia.

1259. Después de la lectura o de la alocución, según las circunstancias se canta un salmo, un himno u otro canto adecuado.

Preces

1260. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras.

Adoremos a Cristo, que se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado, y supliquémosle con fe ardiente, diciendo:

R. Por tu Nacimiento, socorre, Señor, a quienes has redimido.

Tú que al entrar en el mundo has inaugurado el tiempo nuevo anunciado por los profetas, haz que tu Iglesia se rejuvenezca siempre. **R.**

Tú que asumiste las debilidades de los hombres, dignate ser luz para los ciegos, fuerza para los débiles, consuelo para los tristes. **R.**

Tú que naciste pobre y humilde, mira con amor a los pobres y dignate consolarlos. **R.**

Tú que por tu Nacimiento terreno anuncias a todos la alegría de una vida sin fin, alegra a los agonizantes con la esperanza de un nacimiento eterno. **R.**

Tú que te hiciste hombre para que todos los hombres, de un confín al otro del mundo, contemplaran la salvación de Dios, acuérdate de las familias que en estas fiestas de Navidad viven en soledad y dolor y haz que sientan el consuelo de saberse hijos de la gran familia de Dios. **R.**

Oración de bendición

1261. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos exaudidas, si es laico, con las manos juntas, dice:

Señor Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos entregaste a tu Hijo único
nacido de María, la Virgen,
dígnate bendecir ✠ este nacimiento
y a la comunidad cristiana que está aquí presente,
para que las imágenes de este Belén
ayuden a profundizar en la fe
a los adultos y a los niños.
Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

Oh, Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos has entregado a tu único Hijo Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y llevarnos de nuevo a ti,
te pedimos que con tu bendición ✠

estas imágenes del nacimiento
nos ayuden a celebrar la Navidad con alegría
y a ver a Cristo presente
en todos los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en el nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

Conclusión del rito

1262. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito diciendo:

Dios, Padre todopoderoso, que en el Nacimiento de su Hijo nos ha manifestado su misericordia, os bendiga y os guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

1263. Si el ministro es laico, concluye el rito santiguándose y diciendo:

Dios, Padre todopoderoso, que en el Nacimiento de su Hijo nos ha manifestado su misericordia, nos bendiga y nos guarde en su amor.

B. Rito de la bendición dentro de la Misa o de las I Vísperas de Navidad

1264. La bendición del Belén que acostumbra colocarse cada año en la iglesia durante las fiestas de Navidad, si se une a las I Vísperas o a la primera Misa de Navidad tiene una estructura propia, por cuanto en estas celebraciones ya se incluyen los elementos que habitualmente se incorporan a las otras bendiciones (lectura de la palabra de Dios, preces, etc.) y que, por ello, no conviene repetir en la bendición.

1265. Si la bendición se hace al comienzo de la Misa, terminado el canto de entrada y dicha la salutación inicial, el celebrante dirige al pueblo una breve monición introductoria.'

1266. Si la bendición se hace al comienzo de Vísperas, la monición introductoria puede hacerse después del *Dios mío, ven en mi auxilio*, y antes del himno.

1267. Si la bendición se hace al final de la Misa, terminada la oración después de la comunión, se entona un canto navideño, durante el cual se coloca la imagen del Niño Jesús en el pesebre. Concluido el canto, el celebrante dirige a los fieles la monición introductoria.

1268. Si la bendición se hace al final de las Vísperas, después de la oración conclusiva, se entona un canto navideño, durante el cual se coloca la imagen del Niño Jesús en el pesebre. Concluido el canto, el celebrante dirige a los fieles la monición introductoria.

1269. El celebrante dispone a los fieles con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos: Con la celebración de la Eucaristía (de las Vísperas); vamos a dar comienzo (hemos dado comienzo) a las solemnes fiestas de Navidad de este año. La imagen de Jesús en el pesebre nos ayudará a recordar los misterios que celebramos estos días en la liturgia. Pidamos, pues, a Dios Padre, que la contemplación de este Belén o nacimiento avive nuestra fe en su Hijo, que se ha hecho hombre para hacernos partícipes de su Pascua.

Oración de bendición

1270. Terminada esta monición se hace un breve silencio. Luego el celebrante bendice el pesebre con una de las siguientes oraciones:

Oremos.

Señor Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos entregaste a tu Hijo único
nacido de María, la Virgen,
dígnate bendecir ✠ este nacimiento
y a la comunidad cristiana que está aquí presente,
para que las imágenes de este Belén ayuden a profundizar en la fe
a los adultos y a los niños.
Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

Oremos.

Oh, Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos has entregado a tu único Hijo Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y llevarnos de nuevo a ti,
te pedimos que con tu bendición ✠
estas imágenes del nacimiento
nos ayuden a celebrar la Navidad con alegría
y a ver a Cristo presente
en todos los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en el nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1271. Concluida la bendición, los fieles pueden adorar la imagen del Niño Jesús.

Capítulo XXXIX. BENDICIÓN DEL ÁRBOL DE NAVIDAD

1272. La costumbre de colocar en los hogares cristianos un árbol adornado, durante las fiestas de Navidad, es recomendable, ya que este árbol puede recordar a los fieles que Cristo, nacido por nosotros en Belén, es el verdadero Árbol de la vida, Árbol del que fue separado el hombre a causa del pecado de Adán.

1273. Conviene, pues, invitar a los fieles a que vean en este árbol, lleno de luz, a Cristo luz del mundo, que con su Nacimiento nos conduce a Dios que habita en una Luz inaccesible.

1274. La bendición de este árbol la hará, ordinariamente, el padre o la madre al iniciarse las fiestas de Navidad y en ella conviene que participen todos los miembros de la familia.

Rito de la bendición

1275. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

1276. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Is 60, 13: Vendrá a ti, Jerusalén, el orgullo del Líbano, con el ciprés y el abeto y el pino, para adornar el lugar de mi santuario y ennoblecer mi estado.

1277. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oremos

Bendito seas, Señor y Padre nuestro,
que nos concedes recordar con fe

en estos días de Navidad
los misterios del Nacimiento de Jesucristo.
Concédenos, a quienes hemos adornado este árbol
y lo hemos embellecido con luces,
vivir también a la luz
de los ejemplos de la vida santa de tu Hijo
y ser enriquecidos con las virtudes
que resplandecen en su santa infancia.
Gloria a él por los siglos de los siglos.

Amén.

1278. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y el árbol.

Capítulo XL. BENDICIÓN DE LAS ESTACIONES DEL VÍA CRUCIS

1279. Cuando en una iglesia u oratorio se erigen las estaciones del vía crucis, conviene que la bendición y erección se haga con la celebración instituida para este fin, y que esta celebración la realice el rector de la iglesia u otro presbítero, con participación del pueblo, y de tal manera que dicha celebración preceda inmediatamente al piadoso ejercicio del vía crucis. Si las estaciones del vía crucis están ya colocadas en la iglesia que se ha de dedicar o bendecir, no necesitan ningún rito especial de erección.

1280. Las imágenes de las estaciones con las cruces, o las cruces solas, se dispondrán adecuadamente a la vista de los fieles o estarán ya colocadas en su lugar propio.

1281. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de los presentes, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1282. Reunida la comunidad, puede cantarse el himno *Vexilla Regis prodeunt* u otro canto adecuado.

1283. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1284. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Jesús, el Señor, que murió por nosotros y nos redimió por su misterio pascual, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1285. El celebrante dispone a los presentes para la bendición y para realizar el piadoso ejercicio, con estas palabras u otras semejantes:

Dios misericordioso ha salvado a los hombres por la muerte y resurrección de su Hijo. Él se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, rebajándose hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Al recordar este inmenso amor de Cristo, nos sentimos movidos a recorrer con la mente y el corazón el camino de la cruz, llenos de agradecimiento, hacia el Señor, que murió por nosotros en la cruz, y con el propósito de morir también nosotros al pecado y andar en una vida nueva.

Lectura de la Palabra de Dios

1286. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura, seleccionado principalmente entre los que propone el Leccionario del Misal romano para las Misas del misterio de la santa Cruz (32) o los que se proponen a continuación.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pedro: **1P 2, 19-25:**
Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo

Queridos hermanos: Es cosa hermosa si, por la experiencia que cada uno tiene de Dios, soporta que lo maltraten injustamente. Vamos a ver ¿qué hazaña supone aguantar que os peguen, si os portáis mal? En cambio, si, obrando el bien, soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció

su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados, subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas os han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas.

Palabra de Dios.

1287. Pueden también leerse: 1P 3, 18—4, 2; Mt 5, 1-12a; Lc 18, 31-34.

1288. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 21 (22), 8-9. 17-18a. 23-24 (R.: 2a)

R. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre, si tanto lo quiere.» **R.**

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos. **R.**

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel. **R.**

1289. O bien: Sal 30 (31), 2 y 6. 12-13. 15-16

R. (Lc 23, 46) Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

1290. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

1291. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Glorifiquemos a Cristo, que nos ama y nos ha redimido con su sangre, y a él, que por nosotros murió y resucitó, démosle gracias, diciendo:

R. Con tu sangre, Señor, nos compraste para Dios.

Tú que, al hacerte hombre, nos mostraste en la cruz el camino de salvación,

–haz que, unidos a tu cruz, muramos contigo para poder vivir también contigo. **R.**

Tú que mandaste a tus discípulos cargar cada día con su cruz,

–ayúdanos a seguirte por el camino del dolor, para que podamos un día contemplarte glorioso. **R.**

Tú que, en el camino del calvario, no rechazaste la ayuda del Cirineo para que llevara tu cruz,

–haz que seamos generosos en sufrir contigo por el bien de la Iglesia. **R.**

Tú que, caminando con la cruz auestas, te compadeciste de las mujeres que se lamentaban por ti y las consolaste,

–haz que sepamos confortar a los hermanos con nuestro consuelo. **R.**

Tú que por la sangre de tu cruz hiciste la paz con todos los seres,

–reúne junto a ti a todos los hombres, para que, superada toda división, formen un solo rebaño y te reconozcan como único pastor. **R.**

Tú que prometiste que al ser elevado sobre la tierra atraerías a todos hacia ti,

–haz que todos los hombres se conviertan a tu amor. **R.**

Tú que quisiste padecer en el camino de la cruz para ayudar a todos los que sufren alguna prueba,

–enséñanos la ciencia de la cruz, para que, compartiendo tus padecimientos, rebosemos de gozo cuando se manifieste tu gloria. **R.**

Tú que desde la cruz prometiste el paraíso al ladrón crucificado contigo,

–asístenos en los sufrimientos de esta vida, para que, sufriendo contigo en la tierra, seamos glorificados contigo en el cielo. **R.**

Tú que desde la cruz nos encomendaste a María, tu Madre, en la persona del discípulo Juan,

–haz que, imitándola a ella, tengamos parte en tu pasión y en tu gloria. **R.**

Oración de bendición

1292. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, cuyo Hijo murió y resucitó por nosotros para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia, ayuda con la gracia de tu bendición a tus fieles que recuerdan devotamente los misterios de su pasión, para que los que siguen a Cristo llevando con paciencia su cruz reboosen de gozo cuando se manifieste su gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1293. **O bien:**

Señor, Padre santo, tú dispusiste que la cruz de tu Hijo fuera origen de toda bendición y causa de todas las gracias, haz que, adhiriéndonos en la

tierra a la pasión de Cristo, alcancemos el gozo eterno de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1294. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, pone incienso e incienso todas las cruces o imágenes, mientras se canta la antífona:

Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

U otra antífona o canto adecuado, por ejemplo, *La Madre piadosa estaba.*

1295. Luego sigue el piadoso ejercicio del Vía Crucis, según las costumbres del lugar.

Conclusión del rito

1296. Es conveniente entonar un canto adecuado, por ejemplo, el himno *Ad cenam Agni pròvidi*, en recuerdo de la resurrección.

Después el celebrante bendice al pueblo, diciendo:

Dios, que por la muerte y resurrección de su Hijo se dignó redimir al género humano, os conceda que, recordando con piedad la pasión de Cristo, sigáis al Señor crucificado, y así, en el cielo, gocéis de su presencia gloriosa.

Amén.

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

1297. O bien:

La bendición de Dios, que por la cruz y la sangre de su Hijo se ha dignado redimirnos y salvarnos, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

Él os conceda que, con todos los santos, logréis abarcar lo alto y lo profundo del amor de Cristo manifestado en la cruz.

R. Amén.

Que acoja complacido vuestras piadosas acciones y se digne atender benignamente nuestras peticiones.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

Capítulo XLI. BENDICIÓN DE UN CEMENTERIO

1298. La Iglesia, porque considera el camposanto como un lugar sagrado, procura y aconseja que los nuevos cementerios, tanto si son construidos por una comunidad católica como por la autoridad civil en lugares católicos, reciban la bendición y se erija en ellos la cruz del Señor, signo de esperanza y de resurrección para todos los hombres.

Los discípulos de Cristo «ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida, se distinguen de los demás hombres» (33), con los que desean convivir amigablemente; por esto ruegan al Padre celestial por todos ellos, tanto por los que «murieron en la paz de Cristo» como por aquellos cuya fe sólo Dios conoció (34).

Por tal motivo los cristianos entierran y honran en los cementerios no sólo los cuerpos de los que la fe hizo hermanos suyos, sino también de los que han compartido la misma naturaleza humana, ya que a todos los ha redimido Cristo en la cruz, derramando su sangre por ellos.

1299. Conviene que sea el Obispo de la diócesis quien celebre el rito; esta función puede el Obispo delegarla en la persona de un presbítero, especialmente el que tenga como ayudante en el cuidado pastoral de aquellos fieles que se han preocupado de la edificación del cementerio.

Si preside el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1300. La bendición del camposanto puede hacerse cualquier día y a cualquier hora, excepto el miércoles de Ceniza y la Semana Santa; pero debe elegirse de preferencia un día en que los fieles puedan acudir en gran número, especialmente el domingo, ya que la conmemoración semanal de la Pascua del Señor expresa mejor el sentido pascual de la muerte cristiana.

1301. Si en alguna parte la autoridad civil o una comunidad cristiana —es decir, hermanos separados y católicos— construyen un cementerio destinado a la inhumación de difuntos de comunidades fundamentalmente cristianas, es conveniente inaugurar el cementerio con una celebración ecuménica, cuyos elementos se distribuirán de común acuerdo entre las partes interesadas. Esta celebración, por lo que respecta a los católicos, debe ser organizada por el Ordinario del lugar.

1302. Si se invita a una comunidad católica a la inauguración de un cementerio de signo no cristiano o meramente laico, la Madre Iglesia no rehúsa hacer acto de presencia en la celebración ni tampoco deja de orar por todos los difuntos. Pero corresponde al Ordinario del lugar regular la presencia de los católicos.

El sacerdote católico y los fieles —si cabe tal posibilidad— escogerán aquellas lecturas, salmos y oraciones que expresen con claridad la doctrina de la Iglesia sobre la muerte y el fin del hombre, el cual, por su propia naturaleza, tiende hacia el Dios vivo y verdadero.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1303. Cuando sea posible, conviene que la comunidad de fieles se dirija ordenadamente desde la iglesia u otro lugar adecuado hasta el cementerio que se ha de bendecir. Si la procesión no puede hacerse o no parece oportuna, los fieles se reúnen en la entrada del cementerio.

El celebrante saluda a los fieles, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, dador de la vida y triunfador de la muerte, esté con todos vosotros.

U otro saludo semejante.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1304. Luego el celebrante dispone oportunamente el espíritu de los fieles para la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos, movidos por la piedad cristiana, hemos venido para bendecir este cementerio, en el cual reposarán los cuerpos de nuestros hermanos, hasta que resplandezca el día del retorno glorioso del Señor. Desde este lugar de dormición, preparado para nuestros hermanos difuntos, levantemos la mirada hacia la ciudad celestial y contemplemos allí a Cristo, muerto y resucitado por nosotros, para que él nos acoja bondadoso cuando resucitemos, ya que nos encarga que estemos ahora en vela aguardándolo.

1305. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. El celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Oh, Dios, que haces de tus fieles la Iglesia que peregrina en la tierra, para recibirlos un día como habitantes definitivos en el cielo, mira a esta familia tuya, que ha venido piadosamente al cementerio, y haz que este lugar, preparado para la inhumación de los cuerpos, le recuerde la vida futura en Cristo, el cual transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1306. Terminada la oración, el diácono hace la monición:

Marchemos en paz.

Y se organiza la procesión hacia el cementerio de la siguiente manera:

- precede el crucifero en medio de dos ministros con los ciriales encendidos;
- sigue el celebrante con los otros ministros, finalmente los fieles.

1307. Mientras avanza la procesión, se canta la antífona:

R. Que mi lote, Señor, sea el país de la vida.

O bien la antífona:

R. Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor.

O bien la antífona:

R. Ésta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella.

Con el salmo 117(118), u otro salmo tomado preferentemente del Ritual de Exequias (35), u otro canto adecuado.

Salmo 117 (118)

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia. **R.**

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia. **R.**

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. **R.**

En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo. **R.**

El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?

El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios. **R.**

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes. **R.**

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé; **R.**

me rodeaban como avispa,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé. **R.**

Empujaban y empujaban para derribarme,

pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación. **R.**

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa.» **R.**

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte. **R.**

Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor. **R.**
—Ésta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella. **R.**

—Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación. **R.**

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente. **R.**

Éste es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.
Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad. **R.**

—Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;

el Señor es Dios, él nos ilumina. **R.**

—Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar. **R.**

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo. **R.**

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia. **R.**

1308. Si no se hace procesión, inmediatamente después de la colecta, el celebrante, junto con los ministros y los fieles, entra en el cementerio, mientras se canta la antífona:

R. Oí una voz que decía desde el cielo: Dichosos los muertos que mueren en el Señor.

Con el salmo 133 (134), u otro canto adecuado.

Salmo 133 (134)

Y ahora bendecid al Señor,
los siervos del Señor,
los que pasáis la noche
en la casa del Señor. **R.**

Levantad las manos hacia el santuario
y bendecid al Señor. **R.**

El Señor te bendiga desde Sión,
el que hizo cielo y tierra. **R.**

Lectura de la Palabra de Dios

1309. La procesión se dirige hacia el lugar en que se halla erigida la cruz, donde se hará la lectura de la Palabra de Dios, o, si allí no puede hacerse cómodamente, hacia la capilla del cementerio u otro lugar más adecuado.

1310. Luego se lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que propone el Leccionario del Ritual de Exequias (36), intercalando los convenientes salmos responsoriales o guardando un rato de sagrado silencio. La lectura del Evangelio ha de ser el acto más relevante. Si a continuación sigue la celebración de la liturgia eucarística, deben leerse, intercalando el conveniente salmo responsorial, por los menos dos lecturas, tomadas del Leccionario de difuntos (37).

1311. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía, explicando las lecturas bíblicas y el sentido de la muerte cristiana.

Oración de bendición

1312. Terminada la homilía, el celebrante, de pie ante la cruz situada en medio del cementerio, bendice la cruz y el recinto del cementerio, diciendo, con las manos extendidas:

Dios del consuelo, tú, con toda justicia mandaste volver a la tierra los cuerpos mortales modelados de tierra, pero, en tu designio de misericordia, cambiaste este castigo en una prueba de tu amor: en efecto, tú cuidaste de que Abrahán, padre de los creyentes, tuviera, en la tierra prometida, un lugar de sepultura; tú alabaste la piedad de Tobías, cuando enterraba a los hermanos; tú quisiste que tu Hijo único fuera colocado en un sepulcro nuevo, del que resucitará vencedor de la muerte, ofreciéndonos así una garantía de nuestra resurrección futura. Te pedimos ahora, Señor, que este cementerio, destinado a la inhumación de los cuerpos, colocado bajo la sombra protectora de la cruz, se convierta, por el poder de tu bendición, ✠ en lugar de descanso y de esperanza; que aquí descansen en paz los cuerpos de los difuntos, hasta que resuciten inmortales en la gloriosa venida de tu Hijo; que aquí el pensamiento de los vivos se eleve a la esperanza de lo eterno; desde aquí suban hasta ti las oraciones de los fieles, como sufragio para los que duermen en Cristo y como alabanza incesante de tu misericordia.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1313. El celebrante pone incienso en el incensario e inciensa la cruz.

Luego rocía con agua bendita el cementerio y a los presentes. La aspersión del cementerio puede hacerla desde el centro del recinto o bien rodeando sus paredes, en cuyo caso se canta oportunamente la antífona:

R. Se alegrarán en el Señor los huesos quebrantados.

Con el salmo 50 (51), u otro canto adecuado.

Salmo 50 (51)

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. **R.**

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces. **R.**

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre. **R.**

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve. **R.**

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa. **R.**

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;

no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. **R.**

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti. **R..**

Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza. **R.**

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias. **R.**

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos. **R.**

Liturgia Eucarística o Preces

1314. Terminado lo anterior, si se celebra el sacrificio eucarístico por los difuntos, el celebrante hace, junto con los ministros, la debida reverencia y besa el altar. Los ministros ponen sobre el altar el corporal, el purificador, el cáliz y el misal; luego llevan el pan, el vino y el agua, y la Misa continúa como de costumbre.

1315. Si se ha de dedicar o bendecir el altar de la capilla del cementerio, se hará todo, con las adaptaciones necesarias, tal como se indica en el Ritual de la dedicación de iglesias y de altares, del Pontifical Romano (38).

1316. Si no se celebra la Eucaristía, una vez terminada la aspersión del cementerio, el rito concluye con la plegaria común, o en la forma de oración universal acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta.

Aclamemos a Cristo, el Señor, que al morir en la cruz borró el pecado y al salir del sepulcro destruyó la muerte:

Tú, Señor, eres nuestra vida y nuestra resurrección.

Oh, Cristo, Hijo del hombre, que, cuando moriste en la cruz, quisiste tener a tu madre como compañera en tu pasión y, cuando resucitaste, la llenaste de gozo,
—levanta y robustece la esperanza de los decaídos. **R.**

Oh, Cristo, Hijo de Dios vivo, que resucitaste de entre los muertos a tu amigo Lázaro,
—lleva a una resurrección de vida a los difuntos que rescataste con tu sangre preciosa. **R.**

Oh, Cristo, consolador de los afligidos, que enjugaste las lágrimas de la madre viuda que lloraba la muerte de su hijo, haciendo que resucitara,
—consuela también ahora a los que lloran la muerte de sus seres queridos. **R.**

Oh, Cristo redentor, ilumina a los que, por no conocerte, viven sin esperanza,
—para que crean también ellos en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro. **R.**

Oh, Cristo, luz del mundo, que, al dar la vista al ciego de nacimiento, hiciste que pudiera mirarte,
—descubre tu rostro a los difuntos que todavía carecen de tu resplandor. **R.**

1317. Luego el celebrante introduce oportunamente la oración del Señor con estas palabras u otras semejantes:

Ahora elevemos nuestra mente hacia el Padre celestial y digamos la oración del Señor, para pedir la venida del reino y el perdón de nuestros pecados.

Todos:

Padre nuestro...

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

1318. El celebrante bendice al pueblo, diciendo:

El Dios de todo consuelo, que con amor inefable creó al hombre y en la resurrección de su Hijo ha dado a los creyentes la esperanza de resucitar, derrame sobre vosotros su bendición.

R. Amén.

Él conceda el perdón de toda culpa a los que aún vivimos en el mundo, y otorgue a los que han muerto el lugar de la luz y de la paz.

R. Amén.

Y a todos nos conceda vivir eternamente felices con Cristo, al que proclamamos resucitado de entre los muertos.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1319. El diácono despide al pueblo.

NOTAS

- 1 Cf. Rm 8, 15.
- 2 Cf. Jn 3, 1; Jn 1, 12; Rm 9, 8.
- 3 Cf. Rm 6, 5.
- 4 Cf. Ef 5, 30; I Co 12, 27; Rm 12, 5.
- 5 Cf. I Co 3, 16-17; 6, 19; 2 Co 6, 16; Ef 2, 21-22.
- 6 1 P 2, 9.
- 7 Cf. Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 50.
- 8 Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 40.
- 9 Cf. Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 37.
- 10 Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 35.
- 11 Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 34.
- 12 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 41.
- 13 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 751-760.
- 14 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 751-755.
- 15 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 756-760.
16. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 976-981.
17. Cf. Ritual de la Penitencia, capítulo IV, núms. 169-270.
- 18 Concilio de Nicea II, *Act. VII: Mansi XIII*, 378; Denzinger-Schönmetzer, 601.
- 19 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 969-974.
- 20 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núm. 975.
- 21 Cf. Gn 1, 26-27.
- 22 Col 1, 15.
- 23 Cf. 2Co 5, 17.
- 24 Cf. 2Co 3, 18.
- 25 Cf. 2Co 4, 6; Mt 17, 2.
- 26 Ef 5, 8.27 Concilio de Nicea II, Act. VII: Mansi XIII, 378; Denzinger-Schönmetzer, 601.
- 28 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 111.
- 29 Concilio de Trento, sesión XXV: Denzinger-Schönmetzer, 1823.
30. Cf. Misal Romano, Apéndice I, Rito para la bendición del agua y aspersion con el agua bendita.
32. Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 969-975.
- 33 Carta a Diogneto, 5: Funk, 1, 397.
- 34 Misal romano, Plegaria eucarística IV, núm. 123.
- 35 Cf. *Ritual de Exequias*, núms. 293-314.
- 36 Cf. *Ritual de Exequias*, núms. 207-268.
- 37 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 1011-1026.